

**Audiolibro En Busca Del Gran Kan V**  
**Blasco Ib Ez Tercera Parte Cap Tulos**  
**Iv V Vi**

Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu). These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu) no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.

Contacto [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu) ¡Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!

Texto enviado por - **Constance Love (Salinas)** - - - - - Capítulo Cuarto.- Lo que ocurrió en la Nochebuena de 1492, y las terribles consecuencias de tal suceso. Siguieron navegando la nao y la carabela, con gran contento de Fernando Cuevas, cada vez más aficionado a esta vida vagabunda de continuos descubrimientos, fondeando unas veces en bahías tan extensas que el Almirante las llamaba mares, echando el ancla en otras ocasiones lejos de la costa, por miedo a las rompientes. Le placía no menos ver cada semana nuevas muchedumbres desnudas ofreciendo enormes ovillos de algodón y papagayos, quitándose de la nariz y las orejas sus laminillas de oro en trueque de las fruslerías que les daban los seres celestiales llegados en sus bosques flotantes. También interesaban a su curiosidad juvenil los misterios de un mar clarísimo, poblado de chisporroteos de oro y de colores, cuando iba a la pesca con algunos marineros pertenecientes a su rancho. Lo único que le entristecía en este viaje de continuas y maravillosas visiones era que no se repitiese aquel día feliz pasado en un estuario de Cuba, cuando los tres buques de la armada fueron puestos a monte. En ninguno de los anclajes de la nao capitana en esta nueva isla, la Española, pudieron bajar a tierra juntos él y Lucero. El paje del Almirante se quedaba casi siempre a bordo, y las contadas veces que bajó al batel fue para acompañar a su amo en las cortas exploraciones que hacía remontando los ríos. Fernando, por su parte, cuando desembarcaba era siempre con el guardián Gil Pérez y algunos marineros, para hacer rescates y adquirir noticias. Dentro de la nao, los dos jóvenes sólo se veían de lejos. Lucero le había rogado que no subiese al alcázar de popa después de aquella noche en que les sorprendió el señor Pero Gutiérrez. Callaba el paje del Almirante las nuevas preocupaciones que le afligían por miedo a Cuevas, siempre a la espera de una ocasión oportuna para tomar venganza del antiguo repostero de los reyes. Este, que en la última semana del viaje, antes de la llegada a Guanahani, se limitaba a mirar a Lucero con una fijeza enigmática, intentando en vano verle a solas, se mostraba ahora de una asiduidad amenazante. Una tarde, estando don Cristóbal en tierra, Gutiérrez hizo saber a Lucero cómo los había sorprendido a ella y a Cuevas desnudos, como una pareja del Paraíso, bajo el ramaje de un árbol gigantesco. El secreto del disfraz ya no existía para este hombre. Estaba enterado de su verdadero sexo, y enardecido por tal descubrimiento, pretendía abusar de él, persiguiendo a la joven con sus proposiciones. Ahora se daba cuenta de la atracción misteriosa que había sentido hacia el paje, y que se manifestó al principio torcidamente, con una hostilidad expresada por medio de palabras duras y actos agresivos. Era una forma desviada y confusa del amor. En la misma tarde que le habló de todo esto, mientras acababa el Almirante de desembarcar por primera vez en la Española, quiso poner en obra sus deseos, animado por la soledad en que estaban las habitaciones del alcázar de popa. Lucero tuvo que defenderse de unos brazos robustos que pretendían sujetarla, arañando y abofeteando el rostro verdoso por la emoción de este personaje, cuya boca, de dientes oscuros y cariaados, pretendía besarle ávidamente. Aprovechando el dolor que le produjo arañándole junto a un ojo, pudo la joven librarse de sus brazos, y escapó a lo más alto del castillo de popa, junto al farol, donde estaba la cadera de palo que servía de asiento al Almirante o a los pilotos durante las navegaciones. —Yo me vengaré—dijo Gutiérrez—. Voy a contárselo todo a don Cristóbal. Pero Lucero, con su femenino penetración, adivinó que guardaría silencio. Si contaba la verdad, el Almirante, celoso guardador de la disciplina a bordo, y que con tanta frecuencia recomendaba a los marineros que se abstuviesen de atrevimientos con las indias, tendría buen cuidado de ponerla aparte, sabiéndola mujer, por todo el resto del viaje, con lo cual el antiguo repostero tendría que abandonar toda esperanza. Seguramente se iba a mantener discreto, inspirado por su egoísmo, para urdir nuevas asechanzas que le condujesen a la realización de sus

deseos. Y desde este día tuvo que vivir la joven en perpetua alarma, viendo a todas horas al amigo del Almirante en la promiscuidad de la vida a bordo de una nave y teniendo que ponerse a la defensiva en cuanto notaba su proximidad. Por la noche dormía completamente vestida junto a la puerta del Almirante, con inquieto sueño, despertándose apenas oía algún ruido en los camarotes inmediatos. Recordaba como una felicidad, que nunca iba a repetirse en el resto del viaje, aquellas horas de vida primitiva pasadas ante un mar que había envuelto los cuerpos de los dos en sus caricias de suavidad maternal, bajo la sombra de aquel gigante de la selva, que parecía un ser humano, bondadoso y protector, en figura de árbol. Y estos recuerdos aún le parecían más hermosos comparándolos con las inquietudes y angustias de la situación presente. A tal alarma había que añadir la necesidad de callar, defendiéndose por sí misma, sin poder pedir apoyo a Cuevas, pues éste era seguro que intentaría matar al amigo del Almirante al conocer la verdad. Con arreglo a las preocupaciones de honor del mancebo, que eran las generales en su época, debía exterminar inmediatamente a este perseguidor de la mujer amada. La única esperanza de Lucero era decir toda la verdad a su amo, si es que Gutiérrez extremaba sus persecuciones hasta el punto de que ella juzgase imposible el defenderse. Don Cristóbal la protegería, guardando su secreto para evitar las murmuraciones de las gentes de la nao... Pero al mismo tiempo sentía miedo al pensar lo que podría ocurrirle cuando volviese a España como mujer disfrazada de grumete. El convento, la separación de Fernando, no verle más. Lo prudente era seguir resistiéndose, prolongar la lucha con aquel hombre. Confiaba en el misterio del día siguiente. ¡Quién podía saber lo que iba a ocurrirles al salir un nuevo sol sobre aquellos mares desconocidos en los que navegaba la nao, sin más compañía que la menor de las carabelas! Iban ahora en busca de islas maravillosas, algunas de las cuales tenían más oro que tierra, navegando ante las costas de un territorio de la Española llamado Maneja, del cual era reyezuelo o cacique Guanacará, el soberano indígena que más relaciones sostuvo con Colón y sus gentes en este primer viaje. Las dos naves tuvieron que volver a fondear, a causa del viento contrario, en un puerto que el Almirante había llamado de Santo Tomás, por descubrirlo el día de dicho santo. Uno de los bateles estaba pescando con red, cuando vio llegar una gran canoa llena de gente y mandada por un personaje muy allegado a Guanacará, el cual venía a invitar a los cristianos a que fuesen en sus navíos a su tierra y les daría cuanto tuviese. Como presente para el Almirante trajo este embajador un cinto que en lugar de bolsa tenía una carátula con dos orejas grandes, que eran de oro a martillo, y lo mismo la lengua y la nariz. Este cinto, con máscara de hojita de oro a modo de escarcela, era un envió de carácter religioso, un rostro de divinidad monstruosa, tal como podían concebirla los imagineros de una religión primitiva. Subió a la nao capitana el enviado del cacique, y los indios que traía Colón no pudieron comprenderle por ser diversos los vocablos con que designaban las cosas, pero al fin llegaron a entenderse en lo referente al convite, y Colón determinó partir hacia el pueblo de Guanacará al día siguiente, domingo 23 de Diciembre, violando con esto una de sus mayores preocupaciones, pues nunca quería salir de puerto en domingo. Pero, ¡qué no hacer cuando presentía tan inmediata la existencia de las minas de oro y aquel reyezuelo indio debía saber mucho de tal materia! La falta de viento le retuvo en el puerto más de lo que él deseaba, y seis de sus marineros fueron con el escribano de la flotilla a una población situada a tres leguas, rescatando a cambio de cuentas de vidrio y agujetas algunos pedacitos de oro. El señor del pueblo les dio tres ánsares muy gordos, e hizo además que sus hombres llevasen a cuestas a los cristianos para vadear algunos ríos y charcas fangosas. Mientras tanto, más de ciento veinte canoas rodeaban a los dos navíos, todas cargadas de gente que traía algo: pan de cazabe, pescado, agua en cantarillos de tierra cocida y ciertas semillas que tomaban los indígenas, echando un grano en el líquido de una escudilla, por creerlas muy saludables, y de las que guardó muestra el Almirante, creyéndolas especias de buena venta en Europa. Mientras permanecía inmóvil aquel domingo por falta de viento, recibió Colón la visita de un cacique, el cual le aseguró que en aquella isla Española existía gran cantidad de oro y venían de otras islas a adquirirlo, muy al revés de lo que había creído hasta entonces el Almirante. Dicha conversación cambió el curso de sus ideas, creyendo inmediatamente en la existencia próxima de Cipango, que la gente llamaba Cibao, ya que en los tres días que llevaba en este puerto había recogido más pedazos de oro que en todos los anteriores anclajes. Fueron llegando cinco señores más de aquel país con sus mujeres e hijos, y hablaron de Cibao, del oro que en él se cosechaba y de los procedimientos usados para conseguirlo. Y Colón escuchó con pena todo esto, pues en su impaciencia quería verse cuanto antes navegando hacia dicha parte de la isla Española. Había enviado las barcas de la nao y de la carabela con un grupo de marineros y el escribano real, para que fuesen a visitar en su población al cortés reyezuelo Guanacará, anunciándole que aceptaba su invitación e iría a verle al día siguiente si el viento le era favorable. Al cerrar la noche volvió dicha expedición después de haber pasado el día en la ciudad gobernada por Guanacará, y que estaba al otro lado de un promontorio que Colón bautizó Punta Santa. Este reyezuelo los había recibido rodeado de sus nitaynos—título de los señores de su corte—en la plaza del pueblo, toda ella muy barrida, y en presencia del vecindario, que ascendía a más de dos mil hombres. Todos los de la armada, empezando por el Almirante, acostumbrados a la vida monótona del mar, veían

siempre las cosas con gran abultamiento al descender a tierra, suponiendo a la Española y & las islas visitadas antes una población muy superior a la realidad. El rey, después de hacer comer y beber a los enviados, les dio telas de algodón que vestían algunas de sus mujeres, muchos papagayos, pues ya era voz común que los blancos los deseaban, y varios pedazos de oro, y en vista de que no querían pasar la noche en el pueblo, los hizo acompañar por sus gentes hasta sus barcas, que habían quedado en la boca de un río. El lunes 24 de Diciembre, día de Nochebuena, levaron anclas los dos buques, navegando con viento terral. Avanzaron muy lentamente todo el día desde el puerto de Santo Tomás hasta Punta Santa, y cerró la noche sin que cambiase este viento blandísimo, que mantenía el mar extraordinariamente terso, sin una ondulación, como si fuese un lago. Y fue precisamente en este mar tranquilo cuando ocurrió la primera y la mayor de las desgracias del viaje. En plena calma, a las once de la noche, cuando «la mar estaba como una escudilla», según palabras del Almirante, y habían pasado Punta Santa, la nao Santa María tocó en unos bajos. En el buque, todos se habían ido a dormir, hecho incomprensible tratándose de una navegación por mares desconocidos. Hay que tener en cuenta que era Nochebuena, y esta fiesta tradicional entre cristianos, unida a la serenidad de la noche y del Océano, crearon una confianza fatal. Colón retiróse a descansar, lo mismo que su gente, y como acostumbraba a sincerarse echando la culpa a los demás, para que nadie pudiese sospechar el menor descuido en su infalible personalidad, dijo en su libro de navegación que se permitió esto «porque hacía dos días y una noche que no había dormido». Se comprende esta necesidad irresistible de descanso si en los días anteriores hubiese navegado sufriendo recias tempestades. Pero en la misma mañana había salido al mar, después de un descanso de varios días en un puerto seguro, sin más que conversar por medio de gestos y de los indios de la nao con aquellos otros indígenas que venían a revelar la existencia en la isla Española del Cibao o Cipango. Lo cierto fue que el Almirante se echó a dormir como toda su gente, dejando a un marinero en el timón, y éste, por ser Nochebuena y haber bebido tal vez extraordinariamente, acordó también irse a dormir, dejando el gobierno confiado a un mozo grumete. Lo mismo Colón que el maestre, el piloto y los marineros más expertos, estaban seguros de no dar en bancos ni peñas, porque dos días antes, o sea el domingo, cuando fueron enviadas las barcas al reyezuelo Guanacará, sus tripulantes habían visto por dónde podían pasar las naves sin peligro. En ninguna singladura del viaje les había sido posible hacer que las barcas examinasen previamente el mar por donde pasarían después los buques, y sin embargo, aquí, después de dicha precaución, fue la catástrofe. Una corriente invisible y dulce fue llevando la nao hacia unos bancos, sin que se apercibiera el muchacho encargado del gobierno. De estar el mar un poco alborotado, hubiese oído a una legua el estrépito de las olas sobre estos bajos, pero como la calma era absoluta y el mar estaba en silencio, la nao llegó a tales escollos submarinos sin que nada revelase su presencia. Únicamente al hallarse ya junto a ellos, el mozo timonero oyó el ruido de un pequeño movimiento de las aguas y empezó a dar voces, pero cuando todos acudieron, despertados por dicha alarma, el buque estaba ya encallado. En esta desgracia, que era culpa de todos, mostró de nuevo el Almirante su falta de serenidad para acoger los infortunios y su prontitud en sincerarse, acusando a los que le rodeaban. El no podía equivocarse ni aun durmiendo. Los culpables de lo ocurrido eran su maestre Juan de la Cosa y toda la gente de la nao, acusándolos de traición. ¿Traición a quién?... Hasta acusó en su Diario a los vecinos de Palos porque no le habían dado buenas carabelas, obligándole a comprar la Santa María. Y en las primeras páginas del mismo Diario había hecho elogios de sus tres naves, considerándolas «muy aptas para descubrir». Juan de la Cosa era, según él, un presuntuoso que «porque le había traído a estas tierras, por primera vez, y por ser hombre hábil le había enseñado el arte de marear, andaba diciendo que sabía más que él». Juan de la Cosa llevaba navegando más años que Colón y no tenía nada que aprender de él. De haber aprendido algo en la Santa María, en tal caso aventajó considerablemente a su maestro, pues pocos años después era el mejor piloto de su época y el primero de los cartógrafos. Américo Vespucio, simple comerciante de Sevilla, que nunca había navegado, hizo su primer viaje como discípulo de Juan de la Cosa, y éste le enseñó cuanto sabía. El mismo Colón, después de desahogarse en su Diario haciéndolo responsable de tal desgracia—pues siempre necesitaba inventar un traidor al lado de él para alabarse a sí mismo como grande hombre perseguido—, llevó a Juan de la Cosa, en su segundo viaje, como cartógrafo. Además, Colón nunca quiso ser maestro de nadie. Deseaba guardar secretos los rumbos de sus viajes, como si esto fuese posible, y pretendía engañar a sus pilotos, cual si fuesen niños, llevando doble cuenta de las leguas navegadas. También los reñía al sorprenderlos tomando notas para hacer estudios aparte y les decomisaba éstos y todos sus papeles. El extremoso personaje hasta llegó a suponer, con una ligereza poco noble, que este encallamiento era obra de su maestre, puesto de acuerdo con los Pinzones. Y el único que podía salvarle en este trance apurado era un Pinzón, el hermano de Martín Alonso, el capitán de la Niña, Vicente Yáñez, que navegaba cerca de la Santa María y acudió inmediatamente en su auxilio. Consignó el Almirante en su Diario todo lo que pasaba por su imaginación excitadísima en aquel momento. Hasta acusó de cobarde a Juan de la Cosa diciendo que se había echado en el batel con varios marineros, y en vez de atender al ancla para salvar la

embarcación, huyó en busca de la Niña para refugiarse en ella. Juan de la Cosa murió, mucho después que Colón, sin tener noticia de las cosas raras e injuriosas que éste había escrito en su Diario para explicar un naufragio que no era culpa de nadie, o del cual eran autores todos, por su descuido en esta Nochebuena, empezando por el jefe. Como no conoció jamás tal acusación, el célebre piloto que había de morir tan heroicamente en el Nuevo Mundo no pudo defenderse. Pero es lógico suponer que si se apresuró a ir en el batel a reclamar el auxilio de la Niña, fue por darse cuenta de que este accidente no tenía remedio. Los buques de entonces no conocían aún el forro metálico a partir de la línea de flotación, el revestimiento de cobre o de hoja de plomo, innecesario en los mares de Europa, y que empezó a resultar inevitable a los pocos años de ser descubierto el Nuevo Mundo. En los mares del trópico, la llamada «broma», carcoma acuática, iba perforando la tablazón de los buques, a pesar de su revestimiento de brea. La Santa María, que ya había sido carenada en Cuba porque venía haciendo agua a causa de la «broma», se rasgó por los flancos como si fuese de cartón. Se le abrieron los «conventos», o sea los vacíos de pura tabla que existían entre las costillas de la nave, y el agua penetró en ella por todas partes. Cortaron sus palos para aligerarla, y esto no sirvió de gran cosa, pues el casco estaba sujetado por las rocas submarinas. El Almirante se trasladó a la Niña, para ver si desde ella podía intentar una operación que sacase a flote a la nao, y en vista de la imposibilidad de salvarla, volvió a ella al romper el día. Primeramente envió a tierra el batel con los dos hombres de su mayor confianza, Diego de Arana el alguacil mayor y Pero Gutiérrez el repostero de los reyes. Este último se mostraba aún como atolondrado por los diversos sucesos de aquella noche. Después de la cena había estado con el Almirante escuchando los cánticos de la marinería. Las guitarras acompañaban canciones sobre el nacimiento del Niño Dios. Unos vascongados entonaban a voces solas villancicos en lengua de su país. El arpa del irlandés sonaba en la proa como una música aparte, melancólica, semejante a las vibraciones de un delgado vaso de cristal bajo el roce de los dedos. Cerca de medianoche, el señor Pero Gutiérrez, que había bebido gran parte de un frasco de vino de Córdoba perteneciente a Diego de Arana, abandonó su dormitorio, deslizándose en la antecámara del Almirante. El paje Lucero, como si presintiese este peligro después de la cena extraordinaria de aquella noche santa, estaba de pie en la puerta que daba al balconaje interior del alcázar de popa. Se hallaba de espaldas, y el repostero pudo acercarse lentamente sin ser oído, pasando los brazos por su cuello, atrayéndola sobre su pecho, besando su nuca juvenil. Pero inmediatamente se dio cuenta de que el falso paje no estaba solo. Hablaba en voz muy queda con alguien que estaba oculto a un lado del quicio del portalón. Grito levemente la joven bajo la influencia de la sorpresa, intentando desasirse, e inmediatamente se mostró Fernando, que era quien hablaba con ella. La hermosa tranquilidad de aquella noche los había atraído, conversando ocultos en la sombra, como si estuviesen junto a una reja en una callejuela de Andalucía. Cuevas reconoció en seguida al hombre que abrazaba a Lucero. Vivía fresco en su memoria el recuerdo de aquella noche en que el señor Pero Gutiérrez lo había sorprendido allí mismo, valiéndose de su turbación para golpearle. No se dio cuenta en este momento de las razones que pudiera tener dicho hombre para acariciar tan osadamente al que todos creían un paje. Sólo se acordó de que era para él el más odiado de cuantos iban en la armada, y que debía aprovechar la ocasión devolviéndole sus golpes. Y como aún se mantenía abrazado a la joven, pugnando por besarla, pues todo esto ocurrió en un breve espacio de tiempo, Cuevas, cerrando sus puños, dio al personaje unos cuantos golpes en el rostro y la cabeza, que le hicieron vacilar, soltando a Lucero. Quedó tambaleando, y al rehacerse y querer marchar contra el paje, empezaron a sonar las voces de alarma del timonero, resonando las tablas de proa y de popa bajo las pisadas de muchos que acudían. Se estremeció la nao desde la quilla a los topes de sus mástiles y quedó inmóvil, inclinándose sobre un costado con tal violencia, que las velas bajas tocaron el agua tranquila. Gutiérrez se vio envuelto en esta alarma general, dejando de ver a los dos jóvenes, sin otro recuerdo de ellos que el escozor de su rostro por los golpes recibidos. Luego tuvo que lavarse varias veces con agua fresca, temiendo que a la llegada del día reparasen sus amigos en estas huellas violáceas. Pero el Almirante no le miró siquiera al pedirle que fuese a ver inmediatamente al rey del país, ni sus compañeros del batel se fijaron tampoco en su rostro, mientras navegaban hasta la población que habitaba Guanacaré, situada a legua y media del banco en que habían encallado. Al recibir el reyezuelo indio la visita de Arana y de Gutiérrez empezó a llorar; pero como sus lágrimas no podían poner en salvo a la Santa María, siguiendo los consejos de los dos blancos, envió a todos sus súbditos, con muchas y muy grandes canoas, para que sacasen a tierra todo lo de la nao. Así se hizo, y en breve tiempo, con ayuda de la marinería, quedaron las dos cubiertas y ambos alcázares sin sus muebles, cordajes de repuesto, artillería, anclas y demás útiles de navegación o de guerra. Mientras tanto, Guanacaré, sus hermanos y parientes ponían diligencia en guardar todo lo que se sacaba a tierra para que no hubiese robos, y de cuando en cuando consideraba el reyezuelo un deber de hospitalaria cortesía enviar uno de sus parientes al Almirante, llorando como había llorado él, para decir a éste que no sintiese pena ni enojo por tal desgracia, pues él estaba dispuesto a darle cuanto pidiese. Y todo el pueblo, por no ser menos, lloraba igualmente, mientras seguía trabajando en la nave o guardaba sus objetos en algunas casas que el rey

había mandado vaciar para el caso. Colón llamaba a Guanacará el «rey virtuoso», afirmando que él y todos sus súbditos eran «la mejor gente de la tierra, con una habla la más dulce y mansa del mundo y siempre con risa». Cuando el Almirante estaba haciendo entender al enviado del reyezuelo su conformidad con lo sucedido para que no siguiese llorando, llegó una canoa tripulada por gentes de otra población, quienes traían algunos pedazos de oro, queriendo darlos por un cascabel, pues ninguna otra cosa deseaban tanto como obtener cascabeles. Apenas la canoa llegó junto a la carabela, los indios empezaron a mostrar sus pedazos de oro, gritando al mismo tiempo: «¡Chuq! ¡chuq!» con cuyas voces querían imitar el ruido de los cascabeles, la más asombrosa y mágica de las músicas para ellos. Después de hacer el rescate, estos indígenas se marcharon, no sin antes hablar con el Almirante, rogándole que les guardase para el día siguiente otro cascabel, pues volverían en su busca, dando por tal objeto cuatro pedazos de oro en hoja tan grandes como la mano. Un marinero que venía de tierra dijo a Colón que era cosa de maravilla ver las piezas de oro que los cristianos estaban adquiriendo casi por nada, y que todos los indígenas afirmaban que esto valía muy poco en relación con el oro que traerían antes de un mes. No necesitó más Colón para sentirse alegre, olvidando la reciente desgracia. Guanacará, dándose cuenta de que su huésped celestial sólo se regocijaba al oír hablar de oro, le dijo que levantase su corazón, que él le entregaría cuanto oro quisiera si le daba tiempo para traerlo de Cipango, distrito del interior de la isla al que ellos llamaban Cibao. Contento por estas noticias, convidó a Guanacará a comer en la Niña, y luego se fueron los dos a tierra, donde a su vez, el monarca indio lo obsequió con una colación de dos o tres clases de ajos con camarones y el pan que ellos llamaban cazabe. Luego pasearon por unas arboledas inmediatas a las casas, y más de mil personas, todas desnudas, seguían a su rey y al enviado del cielo. Paseaba Guanacará orgulloso de su nuevo aspecto. Colón le había regalado una de sus camisas, y la traía puesta. Igualmente le había dado unos guantes, y esto es lo que más apreciaba el reyezuelo como majestuoso signo de su alcurnia. Hablaba poco, lo mismo que todos los jefes de tribu, expresándose por medio de señas, con tal autoridad, que Colón había acabado por admirar su mímica. Para Guanacará era el mayor de los lujos llevar enfundados sus dedos, pues esto daba mayor novedad y fuerza a su lenguaje manual. Después de la comida había hecho que sus domésticos le trajesen ciertas hierbas, con las que se fregó mucho las manos, y el Almirante ordenó que Lucero le diera aguamanos en una jofaina o bacín y un jarro de metal blanco, objetos que excitaron la admiración y la codicia del reyezuelo. Cuando se cansaron de pasear por la playa, el Almirante envió a la carabela por un arco turquesco y un manojo de flechas, haciendo tirar a un hombre de la tripulación muy hábil en ello, y a Guanacará le pareció esto gran cosa, hablando de los caribes, que al venir en sus grandes canoas a la caza de hombres, traían arcos y flechas, aunque sin hierro, todas de caña y de madera dura, pues en aquellas tierras no había memoria de ningún metal, salvo el oro, y éste sólo lo usaban como adorno religioso por ser materia incorruptible. Dijo el Almirante por señas que los reyes de España mandarían destruir a los caribes, y para probar la fuerza con que contaban, ordenó a su gente que disparase una bombardas y luego una espingarda, arrojándose al suelo la mayor parte de los indígenas al oír el estrépito de tales detonaciones. Guanacará dio a Colón una gran carátula con pedazos de oro en las orejas y los ojos, además de otras joyas de oro que había puesto al Almirante en la cabeza y el pescuezo, obsequiando con presentes de menos valía a otros cristianos, familiares del gran jefe blanco. Como el oro parecía ejercer cierta influencia medicinal sobre el Almirante, «se le templó la angustia y pena que había recibido y aún tenía por la pérdida de la nao, y conoció que si Nuestro Señor le había hecho encallar allí, era porque hiciese asiento en dicho lugar». —Tantas cosas me vienen ahora a la mano—dijo el Almirante a sus íntimos—, que verdaderamente este desastre lo tengo por gran ventura. Conviene que yo deje aquí gente, y de no perder la nao no hubiera podido hacerlo, pues me habría sido imposible dejarles tan buen aviamiento, tantos pertrechos, tantos mantenimientos y aderezos para fortaleza como ahora puedo dejar por la pérdida de la nao. Muchos de los tripulantes de la Santa María, influenciados por la mansedumbre y dulzura de aquellos indios, así como por la cantidad de oro, todavía no considerable, pero que todos los del país anunciaban como enorme en breve plazo, habían pedido al Almirante licencia para quedarse en dicha tierra. Esto mismo era lo que deseaba Colón, y concedió entera libertad a todos los que quisieran quedarse allí, sin poner reparo en su número, hasta que él volviese de España en un segundo viaje. Con la tablazón y los costillares del navío encallado ordenó que construyesen un edificio alto, a estilo de torre, y una gran cava o foso con empalizadas de madera, abarcando todo el terreno inmediato a la improvisada fortaleza. No creía necesarias tales defensas al quedar los suyos entre gentes desnudas y sin armas, pero las consideró conveniente, para darlas idea del poder de los hombres blancos. La isla Española la juzgaba enorme, exagerando sus dimensiones, como todo lo que iba viendo en las tierras descubiertas. Creyó en los primeros días que era más grande que Inglaterra. Ahora se limitaba a considerarla mayor que Portugal, pero con doble cantidad de habitantes, todos ellos tímidos y cobardes. Pensaba dejar en este fuerte de tablas mantenimientos de pan y vino para más de un año, simientes que sembrar y la barca de la nao naufragada, para que pudiesen hacer exploraciones en las costas. Todos los menestrales de la Santa María

debían quedarse en el fuerte, el calafate, el carpintero, el tonelero y también el bombardero, ya que la artillería del buque, bombardas y pasavolantes, se instalarían en aquél. —Todo es venido mucho a pelo para que se haga este comienzo de población—decía el Almirante—. Todo fue gran ventura y determinada voluntad de Dios que la nao encallase aquí, pues yo iba siempre con intención de descubrir, y no hubiese parado aquí más de un día, siguiendo adelante. Durante su ausencia, los que se quedaban en el fuerte irían rescatando oro, y especialmente podrían averiguar dónde estaba la gran mina en que lo cogían los indios. A Guanacará seguía teniéndolo por «muy virtuoso», pero estaba seguro de que, por mantener su importancia con los hombres blancos, quería que todo el oro que éstos recibiesen fuese por su mano, para lo cual ocultaría siempre el lugar donde estaban las minas. "Un sobrino del rey, muy mozo y de buen entendimiento, según decía el Almirante, habló con éste de Cibao y otros nombres de tierras abundantes en oro, que Colón tomaba por islas, y eran pequeños reinos de la Española. Olvidó el almirante recién naufragado la nave destrozada, todavía a su vista, y la pequeñez de la única carabela con que podía contar, para exaltarse acariciando la esperanza de una enorme cosecha de oro. Cuando él volviese a la Navidad—pues este era el nombre que había dado a la fortificación de tablas, teniendo en cuenta que el naufragio ocurrió el día de la fiesta mencionada—, iba a encontrar seguramente un tonel lleno hasta los bordes del oro rescatado por su guarnición, y también valiosos almacenajes de especiería. Tan enorme se imaginaba la recolección de oro, que ya empezó a pensar en un empleo glorioso. —Antes de tres años—decía a sus íntimos—tal vez emprenda y aderece con Sus Altezas la conquista de la Casa Santa de Jerusalén. Quien tiene oro tiene fuerza y poder, y no hay quien lo venza. El jueves 27 de Diciembre, al salir el sol, volvió a la carabela el rey de aquel país, y como sabía los gustos del Almirante, le dijo que había enviado por oro, mucho oro, y que lo quería cubrir de este metal a él y a los suyos antes de que se fuesen. Este Guanacará mostraba siempre gran facilidad para derramar lágrimas y hacer promesas hiperbólicas. Luego comió el Almirante con él y dos hermanos suyos, hablando siempre del oro, y antes de que se levantasen de la mesa llegaron unos indios para dar la noticia de que la carabela Pinta estaba anclada en un río de aquella costa, a varias leguas de distancia. Guanacará despachó una canoa a su encuentro, instalándose en ella con los remeros indios un marinero de la confianza de Colón, encargado de buscar al señor Martín Alonso y contarle lo ocurrido. En los días siguientes el Almirante vivió en tierra, dando prisa a los que trabajaban en la construcción del fuerte. Cada vez que se encontraba con el reyezuelo o sus principales caciques cambiaban obsequios. Guanacará le ponía en el pescuezo grandes placas de oro o carátulas con las orejas y los ojos del mismo metal. Otras veces se quitaba una especie de corona de su cabeza, poniéndola en la del Almirante. Este se despojó de un collar de cuentas muy hermosas y de lindos colores para regalarlo al reyezuelo. Otro día se quitó el capuz de fina grana, que era el color de los almirantes, para vestírselo a Guanacará. Luego envió a Lucero por unos borceguíes de igual color, que le hizo calzar, y le puso en el dedo un gran anillo de plata que el monarca indio venía admirando desde algunos días antes. Todos estos regalos exaltaban la generosidad del indio, más verbal que efectiva. Al saber que Colón tenía decidido marcharse tan pronto como se lo permitieran los vientos, le hizo decir por uno de sus privados que no se fuese, pues había mandado hacer una estatua de oro puro tan grande como su cuerpo, y no se la traerían hasta pasados diez días. También envió uno de sus allegados a la carabela para pedirle el bacín y el jarro de aguamanos, que tanto excitaban su admiración y su codicia, y el Almirante, creyendo que necesitaba dichos objetos para mandar hacer otros de oro puro, destinados a él, se los envió y no supo más de ellos. Regresó la canoa que había ido en busca de la Pinta, sin que el marinero enviado de Colón hubiese podido avistar a dicha carabela. Luego se supo que la canoa se había detenido y vuelto atrás a muy corta distancia de la desembocadura fluvial donde estaba Martín Alonso. Este viaje de veinte leguas sirvió para que el marinero volviese haciéndose lenguas de la riqueza de aquellas costas, habiendo visto a un rey que traía en la cabeza dos grandes placas de oro y a otros indios con adornos del mismo metal. Colón se dispuso a partir en la carabela de Vicente Yáñez. Como despedida organizó el 2 de Enero, en honor de Guanacará, una especie de fiesta militar. Buscaba tal vez con ella rehacer un tanto la opinión de aquellas gentes sencillas, el prestigio celestial de los blancos. Habían presenciado el naufragio de la Santa María, y esta desgracia amenguaba el concepto divino en que tenían a los hombres salidos del mar. Eran náufragos, y en muchos pueblos primitivos los náufragos estaban dedicados a la muerte desde el momento que los salaba el agua del mar. Adivinó Colón cierto peligro para los que iba a dejar en tierra, si se alejaba sin dejar fijo en aquellas mentalidades rudimentarias los poderes misteriosos de que disponían los hombres blancos. Mandó armar en tierra una bombardas de las que iban a defender el fuerte de la Navidad e hizo que disparase contra el casco de la nave encallada. Los indios vieron con asombro cómo la gran pelota de piedra atravesaba los costados del casco perdido, yendo a hundirse muy lejos en el mar. Hizo también que los que iban a quedarse en el fuerte, así como la gente de la carabela, todos con espadas, rodeles, espingardas, lanzas y vistiendo corazas los que la tenían, realizasen una especie de escaramuza, con abundantes tiros, saetazos al aire y toques de arma. Todo esto fue con el pretexto de mostrar a los naturales cómo los defenderían los blancos de sus enemigos los



canibales, si es que llegaba el caso, y al mismo tiempo «para que tuviesen por amigos a los cristianos que él dejaba y para que los temiesen». Se había cerrado la lista de los que se quedaban en el fuerte de la Navidad. Eran cuarenta y uno. Como primer jefe fue designado Diego de Arana por el Almirante. Al fin el hidalgo cordobés iba a ver realizadas sus ambiciones de autoridad. Quedaba con un poder absoluto en tierras nuevas y desconocidas, pudiendo ejercer su gobierno sobre muchedumbres de hombres desnudos y sumisos, y realizando además el descubrimiento de minas portentosas, cuya proximidad presentían todos y nadie había visto nunca. Iban a ser sus tenientes Pero Gutiérrez y Rodrigo de Escobedo, el escribano real. Gutiérrez había venido en este viaje deslumbrado por el oro del Gran Kan. Con ese deseo llevaba dado a Colón lo mejor de sus economías para que éste pudiese costear la octava parte de los gastos de la expedición y percibir la misma cantidad en las ganancias. El oro rescatado hasta entonces era poco. Resultaban infinitamente más grandes las esperanzas que la realidad. El necesitaba recobrar su dinero y con intereses enormemente usurarios, como era de uso en las empresas de entonces. Y se quedaba allí para defender su negocio, creyendo tanto como el Almirante en inmediatas y fabulosas ganancias. Amaba el oro lo mismo que Colón, pero sin sus entusiasmos líricos, de una manera egoísta y baja, no viendo en él un símbolo de gloria y de poder, sino un simple medio de saciar los apetitos de su vanidad. El escribano real se quedaba igualmente para que no sufriesen menoscabo los derechos de Sus Altezas en el reparto de aquellos tesoros que iban a descubrirse. Quedábanse también en la fortaleza todos los amigos de Fernando Cuevas, gente brava, predispuesta a las aventuras, considerando con mayor atractivo la permanencia en aquel país misterioso, del cual sólo habían visto una pequeña parte de costa, a regresar a España, tierra conocida, donde no podía aguardarles nada extraordinario. Los marineros vizcaínos, antiguos pescadores de ballenas, se quedaban en la Navidad, primer pueblo cristiano de estas tierras nuevas, y también los andaluces, que habían comerciado con los reyes negros de Guinea, así como el inglés y el escocés. Fernando se enteró por Lucero de que su nombre figuraba entre los que iban a instalarse en la Navidad. El paje del Almirante lo había descubierto por azar en la lista que su señor tenía sobre una mesa, mientras arreglaba la choza grande donde estaba alojado éste, cerca del fuerte, próximo a su terminación. Cuevas no había pensado nunca quedarse allí ni hecho solicitud alguna, lo que le hizo temer inmediatamente que esto debía ser alguna trama urdida por Pero Gutiérrez. Luego, los dos jóvenes se fueron enterando de que el antiguo repostero pretendía quedárselo como paje a su servicio. Una tarde se acercó Fernando Cuevas a su antiguo señor el Almirante, con la cabeza baja y dando vueltas al gorrillo rojo entre sus manos. Deseaba volver a España y a nadie había pedido quedarse en el fuerte de la Navidad. Don Cristóbal se asombró de esta protesta, atribuyéndola a miedo. —Siempre te tuve por mancebo arriscado y de muchos hígados—siguió diciendo Colón—. De quedarte aquí, farías gran fortuna. Toneles van a llenar de oro hasta la boca. Pero al ver a su paje Lucero que permanecía a corta distancia de ellos, fingiendo ocuparse del arreglo de los taburetes de palma trenzada, de las mantas de algodón con listas colorinescas y otras cosas remitidas por Guanacará para su alojamiento en tierra, se acordó de que este paje de escoba y su propio paje eran hermanos y no querían separarse. La palidez de Lucero, sus miradas furtivas e inquietas, hicieron dar al Almirante una respuesta bondadosa. En la Niña faltaba espacio, e iba a ser penosa la vuelta a España; pero de todos modos, accedió a la petición de Cuevas. En los días anteriores a la partida de la carabela vieron los dos jóvenes, repetidas veces, a su enemigo el repostero Real. Se había instalado ya en tierra, ocupando por entero una de las casas cedidas por Guanacará. Era el primer teniente y sucesor inmediato de Arana, gobernador del fuerte. Como hasta ahora había ido en la expedición como amigo del Almirante, sin cargo alguno, su nueva dignidad parecía haber aumentado su orgullo. Dos pajos de la nao eran sus servidores particulares. Tenía además cerca de él a varios indios que Guanacará le había regalado, atendiendo a sus instancias. Cuevas lo vio algunas veces en las arboledas de tierra adentro llevado en hombros por sus esclavos. Fue el primero de los blancos que estableció esta servidumbre locomotiva. Los indios habían tomado en hombros voluntariamente a los hijos del cielo cuando en los viajes al interior era necesario vadear ríos, lagunas y barrizales. El antiguo repostero, para hacer constar de una manera indudable su nuevo señorío, quería que sus indios le llevaran en alto, como a los hermanos del rey del país, que marchaban del mismo modo en las ceremonias religiosas, detrás de las andas ocupadas por Guanacará. El 2 de Enero se despidió el Almirante de su amigo el «rey virtuoso», y éste le rogó una vez más que se quedase—sabiendo que no podía hacerlo—, con la promesa de que si se quedaba podría regalarle aquella quimérica estatua de oro que decía haber encargado. Luego habló el Almirante con Diego de Arana y sus dos tenientes, Gutiérrez y Escobedo, haciendo constar todo lo que les había dejado para que se remediasen en su ausencia, durante la cual iba a caer una lluvia de oro sobre el fuerte de la Navidad. Les cedía todas las mercaderías que los reyes habían mandado comprar para los rescates, y que eran muchas, objetos brillantes, sonoros y de exiguo valor, que ellos podrían trocar con enorme ventaja. La barca de la nao perdida quedaba lista para hacer viajes por la costa. Podían, antes de que él regresase, buscar «un sitio más favorable para establecer una nueva población, porque aquél no era puerto a su voluntad, y ellos

harían mejor designación, luego que hubiesen descubierto la mina de oro». Tenían bizcocho y vino en abundancia, y también podían contar con los alimentos propios del país que les proporcionarían los indígenas. Además de los obreros de diversos oficios, también se quedaban en la Navidad el físico de la armada y el cirujano, para atender a su guarnición, así como maestre Diego el herborista, que haría exploraciones en la selva para encontrar las especias ricas, pues indudablemente había muchas en la tierra. El maestro bombardero, «muy hábil en toda clase de ingenios», atendería a todas las cosas necesarias para la defensa de la fortificación. Y en la misma noche del miércoles 2 de Enero se trasladó el Almirante a la Niña, no bajando más a tierra. Al día siguiente, jueves, no le fue posible partir. El mar estaba algo alterado y la carabela se mantenía segura al abrigo de las restingas. Tenía además que esperar a los indios traídos de las primeras islas descubiertas, muchos de los cuales habían quedado en tierra con diversos pretextos. Quería Colón llevarlos a España, especialmente las mujeres, y al ver que sólo venían a la nave unos cuantos indios varones, envió la barca a tierra para buscarlos, determinando no partir hasta el día siguiente, 4 de Enero. Fernando Cuevas, que era amigo de los que remaban en la barca, se metió en ella, y Lucero, cediendo a sus deseos, se entró también en dicho batel, protestando la necesidad de recoger algunas pequeñas cosas de su señor que fingió haber dejado olvidadas en la choza ocupada por éste. Los dos jóvenes, al llegar a tierra, pasaron disimuladamente por detrás de los bohíos inmediatos al fuerte recién construido, donde Guanacaré instaló a los cristianos y sus objetos después del naufragio. Cuevas había explorado ciertas arboledas de tierra adentro que le recordaban la selva de Cuba, siempre perenne en su recuerdo. Presentían los dos que ya no pisarían más tierras en este lado del Océano. Iban a vivir en la pequeña carabela hasta que descubriesen las costas de España. Avanzaron, sintiendo igual embriaguez panteísta que en la selva de Cuba. Eran las mismas mariposas revoloteando en un aire verde, semejante al agua de las profundidades marinas; en las bóvedas del ramaje cantaban los mismos pájaros, pero no había ningún árbol comparable con el gigante que amparó bondadosamente los primeros estremecimientos de su posesión mutua. Tampoco existía aquel lago marino, cerrado por una cadena de peñascos casi invisibles, que les había permitido verse desnudos como las primeras parejas de la creación. —¡Oh, Fernando!—suspiró ella, apoyando su cabeza en un hombro del mancebo, vencida sin duda por los recuerdos. Y los dos, pensando en la otra selva lejana, acabaron por sentarse, y finalmente, por tenderse bajo uno de aquellos árboles de follaje tan verde y jugoso que sus hojas parecían negras, y cuyos frutos, todavía sin sazonar, habían preocupado tantas veces al Almirante, comparándolos con las especias asiáticas traídas de España. Ahora mostrábase más desconfiados que en la otra selva, tal vez por ser menos inocentes. Lucero sentíase miedosa al pensar que a un cuarto de legua de ellos, tal vez menos, había sido levantado el fuerte, y en torno se movían cuarenta cristianos ansiosos de reconocer, en este primer día de libertad, la tierra donde iban a vivir más de un año. Mostrábase Cuevas más tranquilo y seguro, pues en las exploraciones que llevaba hechas con los marineros se había acostumbrado a poner oído atento a todos los ruidos de arboledas y matorrales, para adivinar las pisadas casi imperceptibles de esta gente desnuda. Volvieron a olvidarse los dos de cuanto les rodeaba, lo mismo que al pie del árbol gigantesco. Después de conocer la misma felicidad carnal, Fernando, incorporándose, acarició a Lucero con amoroso agradecimiento. Estaba sentado en el suelo, teniendo la cabeza de ella sobre sus propias rodillas, y la besaba en silencio. De pronto repelió a la joven y se puso de pie bruscamente. Alguien se aproximaba, y sus pasos no eran de pies desnudos. Tal vez algún hombre de los del fuerte que iba a sorprenderles sin previa voluntad. Cuando vio abrirse los matorrales y asomó entre ellos su rostro el señor Pero Gutiérrez, se dio cuenta el mancebo de que venía buscándolos por la selva hacía mucho tiempo. Acaso los había visto desde lejos, cuando se deslizaban por detrás de los bohíos cercanos al fuerte. También podía ser que alguno de los marineros le hubiese enterado por azar del desembarco de los dos pajes. La sonrisa cruel y agresiva de este hombre hizo adivinar al mancebo lo que iba a ocurrir. Llevaba en su diestra dos de aquellas flechas de caña, largas y cimbreantes, del tamaño casi de un venablo, con punta de varilla dura. un diente de pez a guisa de hierro y una coronilla de hierba en torno a dicha punta para que emponzoñase la herida. Eran flechas de los caribes, guardadas por la gente del país, y que Gutiérrez se había hecho dar como armas exóticas merecedoras de interés. Siguió adivinando Fernando que estas dos flechas se las iba a arrojar como venablos, y tal vez lo pasasen de parte a parte, por ser muy sutiles y corta la distancia. Luego caería sobre Lucero. Después de lo ocurrido cuando el encallamiento de la nao, ya no era un secreto para Cuevas que el antiguo repostero de los reyes conocía la verdadera personalidad del paje del Almirante. Y si su cadáver, atravesado por las dos flechas, lo encontraban luego en la selva, esta muerte sería atribuida por los cristianos de la Navidad a caribes recién desembarcados o a un grupo de indígenas venidos del misterioso interior. Todo esto lo pensó el paje en menos de un segundo, con la celeridad vertiginosa de los momentos angustiosos. Gritó a Lucero, que estaba aun medio tendida en la hierba, recomendándole que no se levantase, y él dio un salto atrás casi en el mismo momento que pasaba junto a su rostro algo ondeante y silbador como las serpientes aladas que aparecen en los cuentos. Luego continuó saltando de un lado a otro para evitar

aquella punta que le seguía amenazante en todas sus evoluciones. Con el brazo en alto movía Gutiérrez igualmente su segunda flecha, para asestar un golpe más certero. «¡No haber traído cuchillo!» Esto era lo único que repetía en su pensamiento el joven, lamentándose de que los pajes no tuviesen derecho en las naves a poseer esta arma, y arrepentido también de no haberlo pedido prestado a cualquier marinero del batel antes de meterse en la arboleda. Silbó la segunda flecha, y en vez de perderse, como la anterior, en la espesura, quedó clavada y vibrante en el tronco de un árbol. Fernando corrió hacia ella, arrancándola con rabioso esfuerzo. Al verla en su mano, extraída del tronco y completamente suya, dio bufidos de alegría y marchó arrogante contra su enemigo. —¡Ah, don traidor!—gritó el paje. Pero el hombre llamado por él así avanzaba ahora con su espada en la diestra y empezó a tirarle tajos y estocadas. Otra vez la agilidad juvenil reanudó su lucha con la fuerza pesada y arrolladora. Gutiérrez era más vigoroso que él, pero menos ligero de piernas, y al tirar una de sus cuchilladas inútiles quedó de perfil junto al mancebo, que acababa de ladearse en uno de sus saltos. Entonces, Fernando, valiéndose de la flecha india como si fuese una lanza, la clavó en el cuello de su enemigo. Y después de esto quedó vacilando y pronto a saltar otra vez como si aún se creyese en peligro. Vio dos manos que se elevaban para agarrar la caña cimbreante, cuyos temblores parecían aumentar el dolor de la herida. Algo cayó a los pies de Cuevas. Era la espada del otro. Vio también, en el breve espacio de uno de esos momentos que parecen en toda vida de una duración interminable, cómo se escapaba por debajo de la corona de hierbas de la flecha un hilillo rojo, cada vez más ancho en las crecientes tortuosidades de su descenso. El herido gimió sordamente. Fue un rugido doloroso, semejante al que lanzan las grandes bestias en el matadero. — ¡Vámonos, vámonos!—dijo Fernando, dando una mano a la aterrada joven para que se levantase, pues se había mantenido hasta entonces encogida en la hierba por el asombro y el terror. Corrieron los dos hacia el mar, creyendo en el primer instante que los perseguía el herido, pues seguían oyendo sus estertores. Luego tuvieron la convicción, sin saber por qué, de que no podía perseguirlos. Debía estar caído en tierra, siempre con las dos manos en aquella caña vibrante que intentaba arrancar de su cuello, desistiendo en seguida por los crueles dolores que se causaba con el tirón. Tal vez aquellos insectos de coraza metálica y vivos colores, tan abundantes en la selva, acudían ya en torno a él, atraídos por el humeo cálido y el olor de su sangre. Permanecieron ambos jóvenes algunas horas junto al batel, mirando con disimulada inquietud hacia las arboledas de tierra adentro. Temían que alguien del fuerte descubriese a Gutiérrez, todavía vivo, y escuchara su confesión. Los marineros de la barca no creían llegado el momento de volver a la carabela. De los indios que iban en la armada faltaban aún muchos. Todas las mujeres habían desaparecido, ocultándose en los bohíos de tierra adentro. Sólo podían contar con algunos hombres de las primeras islas descubiertas, los cuales preferían volver al «bosque flotante», o sea a la carabela, mejor que seguir en una isla enorme, de cuyas gentes se veían diferenciados por una variación en el lenguaje y las costumbres que ellos solos podían apreciar y que pasaba inadvertida para los blancos. Al fin, a la caída de la tarde, el patrón del batel se decidió a volver a la carabela. Ya no recogería más indios. Era inútil esperar a las mujeres. Pasaron una gran parte de la noche los dos pajes mirando con inquietud la línea negra de la costa. Temían aún que fuese descubierta por un azar extraordinario la muerte violenta de aquel teniente del gobernador de la Navidad, y que Diego de Arana viniera en el batel de la destruida nao para hacer saber al Almirante lo ocurrido. Amaneció el viernes 4 de Enero, sin que nadie viniera de la costa hasta la Niña, y ésta levantó las anclas, a pesar de que el viento era escaso. La barca de la carabela, unida por un cable a su proa, la iba remolcando a fuerza de remos, sacándola de las restingas por un canal más ancho que el que había seguido en su entrada. En la costa, cristianos e indios empezaron a saludar a la Niña, que lentamente se iba alejando, sus velas blandas, cual si fuesen alas caídas, hinchándose de tarde en tarde con lentas ondulaciones. Avanzaba su proa sin que se marcara a ambos lados de su filo más que una leve arruga acuática, sin espumas, sin ondulaciones violentas. Dos truenos vinieron desde el fuerte, dos disparos de bombardita con pólvora sola. Otras detonaciones más débiles resonaron en la orilla, precedidas por leves espirales de humo. Los marineros poseedores de espingardas las disparaban con un regocijo moruno. Iban adivinando los dos pajes la identidad de todas las figurillas que se movían en la playa. Vieron al alguacil Arana convertido en gobernador, una mano en la empuñadura de su espada y moviendo la otra con un guante a su extremo, afable, protector y altivo al mismo tiempo, cual corresponde aun gobernante. A su lado el escribano real; y el otro teniente, el señor Pero Gutiérrez, faltaba junto a los dos. Cuevas fue reconociendo igualmente a todos los hombres que había servido como paje hasta unos días antes: el inglés Tallarte de Lages, siempre silencioso, que había querido quedarse allí porque nada tenía que hacer en ninguna otra parte de la tierra y le placía la sociedad de tan alegres habladores, a los que podía escuchar, aprobándolos en silencio; los otros hombres vascongados y andaluces; el carpintero, el calafate de la nao perdida, el tonelero, un sastre, que había remendado varias veces el único sayo de Fernando, y el platero de Sevilla, venido para ensayar el oro de las minas del Gran Kan, y que hasta la hora presente no había podido ejercer su oficio. ¡Adiós!... ¡Adiós a todos! Los tripulantes de la Niña agitaban sus gorros dando alegres gritos, pero al mismo tiempo muchos de

ellos tenían en sus rostros una expresión melancólica. ¡Quedarse aquellos cristianos perdidos en un mundo recién descubierto, del que sólo habían conocido, los que se iban y los que se quedaban, una breve cinta de costa! Desde tierra continuaban gritando y haciendo disparos. ¡Adiós a los que se volvían a España! Cuando tornasen iban a encontrar lleno de oro hasta la boca aquel tonel que les había dejado el Almirante. Nadie de ellos sospechaba que estaban todos señalados indefectiblemente para una próxima muerte, que ni uno solo existiría cuando volvieran en un segundo viaje los que ahora se alejaban. Cuevas miró a un lado y a otro, extrañando la ausencia del irlandés. De pronto lo descubrió cerca de la carabela. Había ido saltando los peñascos de las restingas hasta colocarse en uno más grande y avanzado, igual a un islote, y que tenía una diadema a ras del agua de hierbas marinas y conchas. Estaba sentado en lo alto de dicha roca con algo que apoyaba en sus rodillas y parecía acariciar con el movimiento de sus manos. Adivinó el paje que era el arpa fabricada por él. Imposible oír su música, pero creyó adivinarla por el acompasado movimiento de sus dedos al pellizcar las cuerdas. ¡Adiós, Garbey! El irlandés también saludaba a su modo a los que se iban, y esta despedida musical era el himno funerario de los que se quedaban en la Navidad.

Capítulo Quinto.- En el que la Muerte enseña su rostro a los argonautas españoles, cansada de la felicidad de este viaje. Una montaña de forma piramidal, que el Almirante comparó con un hermoso alfaneque, y que parecía isla por hallarse rodeada de tierras bajas, fue levantándose ante la proa de la Niña. Colón la llamó Montecristi, y estuvo dos días en sus alrededores a causa de que el viento era flojo. Temiendo los bajos de esta costa, ordenaba con frecuencia a los marineros que subiesen al tope de los mástiles para poder reconocerlos de más lejos, y el domingo, 6 de Enero, uno de estos vigías vio venir a la carabela Pinta navegando con viento de popa. Como no había cerca ningún anclaje seguro, Colón hizo virar a la Niña, alcanzando otra vez las diez leguas que había hecho desde Montecristi, y la Pinta la siguió en su retroceso. Cuando las dos carabelas hubieron fondeado en un lugar seguro, pasó Martín Alonso a la Niña para ver a su consocio, explicando con razones de navegante la causa de aquella separación involuntaria y expresando al mismo tiempo cierta extrañeza de que Colón no le hubiese seguido a Haití, volviéndose a Cuba, donde permaneció tantos días sin motivo. Aceptó el Almirante sus razones con sonrisa bondadosa, para escribir luego en su Diario contra «la soberbia y las deshonestidades que Pinzón había usado con él», añadiendo que «le convenía disimular para no favorecer las malas obras de Satanás, deseoso de impedir el buen éxito de la expedición. Oyendo al capitán de la Pinta se enteró de que ésta había llegado a quince leguas del lugar en que antes estaba el fuerte de la Navidad, y que eran ciertas las noticias dadas por los indios de su presencia, resultando obra del azar el no haberla encontrado el marinero que fue en su busca. Lo que más alteró el ánimo del Almirante al conocer los pormenores de dicha separación, fue que Martín Alonso había rescatado mayor cantidad de oro que él, por ser el lugar de su fondeadero muy propicio a este comercio o por tener más habilidad Pinzón para los rescates. Por un cabo de agujeta o por un cascabel había obtenido «buenos pedazos de oro del tamaño de dos dedos y a veces como la mano». A su envidia uníase cierto remordimiento. Acostumbrado Pinzón a un trato familiar con sus marineros, se había mostrado generoso en la distribución de las ganancias, compartiéndolas con aquellos. Del oro rescatado había hecho tres partes, entregando dos a las gentes de su carabela y quedándose con una para resarcirse ligeramente de sus gastos. En cambio, Colón se había guardado todo el oro adquirido por sus gentes. El no admitía bondades ni favores tratándose del precioso metal. Los marineros, como una compensación de su trabajo, tenían el sueldo dado por los reyes. Era ya manifiesta la enemistad entre los dos asociados, ocultándola Colón con sonrisas y bondadosas palabras para desahogar su cólera, poco después en las páginas de su Diario de navegación. Martín Alonso, menos disimulado, mostraba sus sentimientos con una franqueza de hombre de mar, tal vez demasiado ruda. Se alegró el Almirante de haber encontrado a Pinzón el mayor, porque la presencia de la Pinta daba una nueva seguridad a su propio viaje de retorno, en una embarcación tan pequeña y débil como era la Niña. Se acordaba además, con cierto remordimiento, de las acusaciones ligeras e injustas que consignara semanas antes en su Diario. Pinzón no había partido para España como él se imaginó, ni se había lanzado tampoco a hacer descubrimientos por su cuenta. Se limitaba a esperarle y repartía entre los suyos generosamente los beneficios del rescate, quitando con esto a sus acusaciones los principales fundamentos. Temía además lo que este hombre pudiera decir al presentarse ante los reyes. Martín Alonso era simplemente un experto marino, de menos imaginación que el Almirante, un hombre «práctico», que veía la verdad de las cosas más claramente que su asociado, siempre predispuesto a fantasías delirantes. El único desorden imaginativo de su vida lo había mostrado al hablar de las tejas de oro de Cipango. Ahora estaban en Cipango—según Colón—, y él no veía por ninguna parte techos de oro, ni ciudades, como tampoco los elefantes del Gran Kan, las muchedumbres vestidas de ricas telas, los navíos del comercio asiático y otras suntuosidades de las llamadas Indias. Sólo gente desnuda, de rudimentaria existencia, casi igual a la de los animales mansos que se juntan en manadas; oro muy poco, y las minas, si es que existían en alguna parte, no eran seguramente explotadas, por requerir ello gran trabajo. Y esta gente inconsciente, perezosa e infantil se limitaba a

arañar el suelo, contentándose con la recolección de un poco de maíz que le permitiera seguir viviendo sin morir de hambre. En la parte montañosa de la Española era a veces muy vivo el frío, y estos hombres desnudos, sin más que unos manchones colorinescos sobre la piel, temblaban pacientemente, sin pensar en tejer el algodón, cosechado en cantidades enormes, para poder vestirse. El poco oro que usaban como adorno religioso lo habían recogido en las arenas de los ríos por obra del azar. Del Gran Kan no se tenía la menor noticia en dichas tierras. Habían descubierto tal vez un paraíso, pero un paraíso pobre. Y Colón temía que, al comparecer todos ellos ante la corte, Pinzón, por su rudo amor a la verdad, presentase una versión del viaje muy contraria a la suya. Existía además entre los dos un odio engendrado por la divergencia de caracteres. Colón sólo podía tolerar a su lado gentes que aceptasen a ciegas lo que él dijese. Y su asociado había vivido siempre en la áspera independencia del marino que es dueño de su barco y va adonde quiere, no reconociendo sobre él otra superioridad que la de Dios y la del Océano, fuerzas de las cuales se puede vivir esclavo, sin mengua alguna, por ser eternamente superiores a las del hombre. De admitir Martín Alonso todo lo que dijese Colón, obedeciéndolo como un autómatas, éste habría seguido creyéndole el mejor de los hombres, como en las primeras semanas del viaje. Después que cambiaron explicaciones sobre la cubierta de la Niña, frente a la alta montaña de Montecristi, surgió entre ambos una nueva divergencia. Al enterarse Pinzón de que cuarenta y un hombres de la flotilla habían quedado en el llamado fuerte de la Navidad, con los materiales, cañones y víveres de la naufragada Santa María, censuró tal disposición del Almirante, considerándola imprudente y de resultados fatales. Estos cristianos, perdidos en un país todavía misterioso, no existirían seguramente cuando volviese la segunda expedición en su busca. Todos iban a desaparecer absorbidos por un oleaje circular de hombres desnudos y cobrizos, que iría encrespándose en torno a ellos al perderse en el horizonte las «selvas flotantes» de los magos blancos. Habían llorado o reído los indios, como niños mientras las carabelas con sus truenos estaban en el mar, ancladas a corta distancia de sus chozas. Además habían visto romperse una de dichas islas movedizas, convenciendo tal desgracia de que los hechiceros pálidos no esclavizaban enteramente el mar, el aire, la tierra, y eran mortales lo mismo que el hombre cobrizo. Pinzón protestó de tal abandono, tildándolo casi de criminal, mientras Colón continuaba diciendo que el naufragio de la nao era un milagro de Nuestro Señor, y que él conocía que Dios lo había ordenado así, «porque era el mejor lugar de toda la isla para hacer asiento, más cerca de las minas de oro». Empezaron el viaje de regreso los dos jefes de la expedición, odiándose francamente. Tomaron leña y agua en el puerto de Montecristi, y los marineros se ocuparon en calafatear un poco la Niña para que no se inundase la bodega. Las dos carabelas se hallaban en mal estado, y era preciso volver a España cuanto antes, para evitar un naufragio. La permanencia en estos puertos tropicales les había hecho más daño que la navegación. Sus tablas estaban carcomidas por la broma. Las dos tenían a ambos lados de sus quillas vías de agua, que había que calafatear con frecuencia, obligando igualmente a las tripulaciones a un continuo manejo de las bombas. Ahora que resultaba urgente el regreso a España, era cuando iban recibiendo en sus diversos anclajes noticias cada vez más interesantes de las tierras próximas. Unos indios hablaban de Yamaye, o sea la verdadera Babeque, que años después fue jamaica. Más lejos, a diez jornadas de canoa, que podían ser sesenta o setenta leguas, vivían gentes vestidas y con barcos de numerosos remeros, indudablemente el Yucatán y Méjico, noticias que Colón aceptó como pruebas clarísimas de que andaba muy cerca de los ricos Estados del Gran Kan, señor de la China. Más cerca tenían la isla de Carib, habitada por aquellos guerreros antropófagos que venían a cazar hombres en la Española. Esta Carib era unas veces Puerto Rico y otras la isla Guadalupe. Además, interesaba a todos conocer la isla de Matinino, toda ella poblada de mujeres, que recibían anualmente la visita de los hombres de la inmediata isla de Carib. Si después del encuentro anual «parían niños, enviábanlos a la isla de los hombres, y si eran niñas las dejaban con ellas para que fuesen Amazonas». Hasta el 16 de Enero navegaron las dos carabelas siguiendo la costa de la Española. Entraron sus barcos en un río para tomar agua dulce y se maravillaron los tripulantes de que su arena se compusiera en gran parte de granos de oro. En realidad, este oro era simplemente marcasita, que ya había engañado otras veces a los expedicionarios por estar sus granos adheridos a las rocas. Mas para Colón todo lo que relucía era oro, y después de explicar a los suyos cómo las aguas lo habían traído desmenuzado desde las riquísimas minas del interior, le puso el nombre de río de Oro. Se fueron alejando de Montecristi, que dominaba el horizonte en muchísimas leguas a la redonda. Abundaban en estas costas las tortugas, que venían a desovar en tierra y eran enormes. Cerca del río de Oro vio el Almirante con sus ojos tres sirenas que «salieron bien alto de la mar, pero no eran tan hermosas como las pintan, que en alguna manera tenían forma de hombre en la cara». Ver tres sirenas no era ningún episodio extraordinario en la vida de Colón, estaba acostumbrado de larga fecha a estas particularidades de la geografía delirante. Declaraba haber visto otras en Guinea, al visitar de joven la costa portuguesa de la Manegüeta. Lo que él sintió fue no poder capturar alguna de dichas sirenas, que eran en realidad manatés o vacas marinas, muy abundantes entonces en el mar de las Antillas. Le habría gustado poner en sal a una sirena para llevarla a España y que la viesen Sus Altezas. Más adelante llamó

monte de Plata a una altísima montaña que tenía su cumbre envuelta en nieblas blancas o plateadas. Durante esta última exploración de la isla Española, aprovechaba su autoridad de jefe para molestar a Martín Alonso, desautorizando cuanto hacía. Pinzón había tomado en su carabela cuatro indios del país para llevarlos a España y que aprendiesen la lengua. El Almirante, indignado por esto, que consideró una tiranía, hizo regalos a los cuatro indios, ordenando que se volvieran a sus casas. Y él no había hecho otra cosa, en cuantas islas estuvo, que raptar indios, hombres y mujeres, muchos de los cuales se le habían fugado, pero todavía llevaba diez o doce en su carabela para que los viesen los reyes de España. En uno de sus anclajes frente a la costa vino a visitarle un reyezuelo del país con tres de los suyos, dándole Colón, como era su costumbre, bizcocho y miel, un bonete colorado y ramalillos de cuentas. Estos indígenas y otros les hablaban de la isla de Carib y de la de Matinino, toda poblada de mujeres, sin hombres. Colón lamentó que el estado de sus dos carabelas, que seguían haciendo mucha agua por la quilla, no le permitiese realizar la exploración de dichas islas. Como siempre, situaban en ellas los naturales de la costa las más enormes riquezas, mucho oro, mucha almáciga y mucho ají, pimienta del país, sin la cual la gente no podía comer. Pero las dos naves, quebrantadas por el viaje, no tenían ya «algún remedio, salvo el de Dios, y era preciso volver», lamentando el Almirante no llevarse unas cuantas de aquellas amazonas de la Matinino para presentarlas a los reyes. Según iba siguiendo la costa de la Española hacia Oriente, le hablaban los indígenas con más frecuencia de unos hombres pálidos y con barbas, llevando armas iguales a las suyas y hablando la misma lengua, que habían pasado por allí en un bosque flotante. Esto había ocurrido cuando aún eran hombres vigorosos los ancianos venerados ahora por las tribus... Pero el Almirante no mostraba interés por tales noticias, apreciándolas en público como cuentos y embelecos de indios. Tampoco—en su segundo viaje en busca del Gran Kan, ocurrido muchos meses después—quiso dar importancia al hallazgo de una popa de nave española o portuguesa, rota y podrida, que encontró en las playas de la isla Guadalupe. Y todos los panegiristas de Colón pasaron igualmente con ligereza sobre este hallazgo, como si fuese un detalle baladí. Algunos de los próceres indios, al hablar con el Almirante, aludían a ciertas poblaciones del país, conocedoras de los «hijos del cielo» por tradición, y que mostraban contra ellos una decidida enemistad, fruto tal vez de los malos recuerdos que habían dejado. El 13 de Enero, tres días antes de abandonar las dos carabelas la costa de la Española, lanzándose a través del Océano con las proas hacia España, un grupo de marineros, al ir a tierra, tuvo un mal encuentro, que fue la primera justificación de los temores de Martín Alonso por la gente que se quedaba en la Navidad. Tropezaron los blancos con un grupo de más de cincuenta indios desnudos, con los cabellos muy largos, «como las mujeres los traen en Castilla, y con penachos de plumas de papagayos y otras aves. Todos ellos traían grandes arcos y flechas y un pedazo de palo duro a guisa de espada». Después de recibir a los cristianos con fingida bondad, echaron unos, mano a sus armas, mientras otros sacaban cuerdas para atar a los blancos. Estos, que eran siete, al ver por primera vez que la gente desnuda se atrevía con ellos, hicieron uso de sus espadas y ballestas. A un indio le dieron una gran cuchillada en las nalgas y otro recibió un saetazo en el pecho. De no intervenir el piloto que iba al frente del grupo, los seis marineros, enfurecidos por esta agresión inesperada, hubiesen matado a muchos de los indígenas. De tal modo fue el primer choque entre blancos y cobrizos en las nuevas tierras. Al recibir el Almirante la noticia, creyó que eran caribes de los que venían en sus canoas a cazar hombres, y temió que los cristianos del fuerte de la Navidad, al llegar en su batel a esta parte de la costa, fuesen sorprendidos por dichos guerreros antropófagos. Pinzón pensó que bien podían pertenecer dichos indios a las tribus de la isla Española, enemigas de los misteriosos hombres blancos que pasaron por allí algunos años antes. La víspera de emprender el viaje se vieron por última vez el Almirante y Martín Alonso. Al oír éste que el jefe de la expedición le ordenaba poner la proa al Norte, no pudo contener su extrañeza. Lo natural era regresar por donde vinieron, o sea por el Nordeste, a través de un mar ya conocido. Colón cortó sus objeciones con el tono de un hombre que está convencido de lo que dice: —Gobernad al Norte, que es donde encontraremos buenos vientos. Sé bien lo que digo. Estas últimas palabras hicieron reflexionar mucho al capitán de la Pinta durante los primeros días de la navegación. ¡Don Cristóbal «sabía»!... Por primera vez había navegado en estos mares, y se mostraba seguro de que era preciso ir en dirección Norte para encontrar vientos favorables. Pinzón, cristiano ferviente, tenía la certeza de que jamás había enviado Dios uno de sus arcángeles a ningún piloto para revelarles los misterios del Océano y de la atmósfera. Eran los hombres de mar quienes habían ido descubriendo tales secretos a fuerza de dolorosos errores y desorientados titubeos que ponían en continuo peligro sus vidas. Otra vez volvieron a su memoria las noticias escuchadas en puertos de España y de Portugal sobre navegantes que habían hecho descubrimientos al otro lado del Océano, pereciendo al volver triunfadores. Recordó especialmente la historia de aquel piloto al que se atribuían diversos orígenes, y que los más llamaban Alonso Sánchez, hijo de Huelva, fallecido a consecuencia de sus penalidades al desembarcar en una isla portuguesa. La aventura de este malogrado descubridor la rehacía él en nueva forma. Era absurdo que una tempestad le hubiese arrastrado hasta las tierras nuevas cuando iba navegando de las Canarias a Irlanda. Una

tempestad no dura nunca meses enteros, ni un buque arrastrado por ella sigue siempre idéntico rumbo. Era más lógico pensar que el mencionado navegante se había sentido tentado en las Canarias o las Azores por las brisas continuas del Este y del Nordeste, navegando con mar bonancible y temperatura suave, lo mismo que ellos, hasta llegar sin contratiempo alguno a dar vista a una tierra que era probablemente esta misma isla Española. Después de tomar, igual que ellos lo habían hecho, muestras de las producciones naturales y de la industria de los indígenas, sentía el ansia de regresar a su país con tan estupenda nueva, y trataba de desandar lo andado, siguiendo el mismo camino. Entonces las mismas brisas continuas, que con tanta facilidad le habían traído, resultaban un obstáculo invencible. Pasaba semanas y semanas navegando contra el viento, y en un día entero no llegaba el buque a avanzar una legua. Así forcejeaban él y los suyos contra la muralla invisible de la atmósfera, hasta que el agua y los víveres se iban agotando y tenían que arribar otra vez a Haití o la Española para proveerse por consentimiento o por la fuerza con lo que poseían los indígenas. Tres o cuatro veces repetían la misma tentativa, con variaciones de nimbo, hasta que al fin, prolongando la bordada hacia el Norte, salían por casualidad de la zona de los alisios y encontraban incidentalmente el verdadero camino para la vuelta. Pero como tan penosas tentativas habían consumido mucho tiempo, destrozando los aparejos y enfermando a la tripulación, cuando los escasos supervivientes llegaban a las costas del viejo mundo era para morir. Indudablemente, este empeño natural de regresar por el mismo camino del viaje de ida era lo que causaba la muerte de todos los exploradores que desde medio siglo antes habían navegado hacia el Oeste, sin volver nunca. El único piloto que conseguía regresar, descubriendo el rumbo al Norte, tal vez había comunicado a Colón directamente los resultados de su experiencia, y esto es lo que daba tal seguridad a sus palabras. También podía ser que lo comunicase a otros muchos, pero Colón era el único en aprovechar las revelaciones de este precursor que había pagado su descubrimiento con la propia vida. De todo cuanto pudo decir, lo más importante era la indicación del rumbo para la vuelta. Por no conocer dicho rumbo —seguido hasta los tiempos actuales por la navegación a vela— quedaron probablemente en el fondo del Océano, al volver a Europa, todos los descubridores que precedieron a Colón. Se convenció Martín Alonso en los primeros días de viaje de la conveniencia de este rumbo al Norte. Las dos carabelas encontraban viento favorable y mar bonancible, avanzando sin ningún contratiempo. Bien necesitaban tal ayuda, a causa del pésimo estado de sus carenas. Además, la Pinta, que había sido siempre la más velera, navegaba ahora muy mal de bolina, por no poder ayudarse de la mesana, debido a que dicho mástil lo tenía rajado. Esto último sirvió de pretexto a Colón para censurar nuevamente a Martín Alonso. Podía haberse proveído en las Indias de un buen mástil, «donde tantos y tan buenos los hay en las selvas de la costa, pero sólo había pensado en abandonarlo a él, para irse en busca de oro, con la esperanza de henchir su navío». Y al censurar agriamente esta imprevisión de su asociado—si es que hubo en realidad imprevisión grave, ya que Martín Alonso pudo llegar a España con su mástil roto más pronto y directamente que el Almirante—, olvidaba que él había cometido como marino una falta extraordinariamente más grave y que iba a ponerle en peligro mortal. Colón había emprendido su viaje de regreso en la Niña sin lastrar esta pequeña carabela. La tripulación llevaba consumida la mayor parte de los víveres, así como del agua y del vino, quedando vacíos barriles y tinajas. El cargamento de objetos para rescates y otras cosas necesarias para la vida civilizada habían sido dejados igualmente en el fuerte de la Navidad. El casco del buque iba muy sobre el mar. Hasta el último momento demoró el Almirante el dar a su carabela un lastre de piedras. Pensaba cargarlo en la isla de Matinino. Luego tuvo que desistir de tal visita a la tierra de las amazonas, y finalmente se había lanzado a través del Océano en un buque sin lastre. Todo marchó bien del 16 de Enero al 12 de Febrero de 1493. En este último día empezaron a tener, según el Diario del Almirante, «grande mar y tormenta, y si no fuera la carabela muy buena y bien aderezada temiera perderse». Durante veintiocho días habían tenido el mismo mar bonancible que en el viaje de ida, saliéndoles al paso idénticas señales. Vieron tan cuajadas las aguas de hierbas flotantes, que de no estar ya experimentados en los misterios del Océano, habrían temido navegar entre bajos. Los aires eran otra vez muy templados, «como en Abril en Castilla. La mar muy llana, y los peces que llaman dorados se aproximaban a las dos carabelas, dejándose pescar». Vieron los pájaros apodados rabos de junco, muchas pardelas, y algunos días parecía el Océano cubierto de atunes, que, según Colón, iban desde allí a morir en las almadrabas del duque de Cádiz y de Conil, cerca del estrecho de Gibraltar. Pero esta navegación feliz se cortó el 12 de Febrero, y desde entonces las dos pequeñas naves avanzaron en perpetua tormenta. Tuvieron que ir navegando casi a árbol seco, con muy poca vela, por miedo a zozobrar bajo un viento huracanado. Este viento fue aumentando su violencia y el mar se hizo terrible, cruzándose las olas en encontradas direcciones y haciendo crujir los cascos entre sus fuerzas opuestas, como si fuesen a deshacerlos. Llevaban las dos carabelas el papahigo mayor muy bajo, para que sacase únicamente al buque de las olas y no se durmiera entre dos de estas montañas de agua, cada vez más grandes, quedando anegado. La noche del 14 de Febrero fue la peor de todo el viaje. Creció mucho el mar y el huracán, siendo el peligro tan grande, que todos consideraron imprudente seguir un rumbo determinado. Era mejor dejarse arrastrar adonde el Océano los

llevase presentando la popa al viento y a las olas, ya que no había otro remedio. La Pinta, guiada por Martín Alonso, ya había realizado esta maniobra, y acabó por desaparecer, pero la mayor parte de la noche «hizo farol» y la Niña le contestaba con iguales luces. Enternece la proximidad de la muerte a los que viven sumidos en la más terca obcecación y hace humanos a los más duros adversarios. Colón siguió desde su alcázar de popa las lucecitas de la Pinta, que se remontaban unos instantes sobre las montañas líquidas, quedando sumidas largo rato en sus valles obscurísimos. Esta carabela era la peor de Las dos. Llevaba roto uno de sus mástiles, lo que impedía las maniobras completas de su velamen. Tenía las tablazonas quebrantadas, y sus mismas condiciones de agilidad y ligereza se volvían contra ella en esta interminable tormenta. El Almirante, exageradamente sentimental en ciertos momentos, como todos los imaginativos, saludó con los ojos húmedos de lágrimas a la otra carabela, cuyas pequeñas luces sólo se dejaban ya ver como fuegos fátuos, lejanísimos. ¡Adiós, Martín Alonso! Iba de seguro a la muerte. Ya no le vería más. Y se acordó de sus primeras conversaciones con el famoso marino de Palos en la tertulia del viejo piloto Pero Vázquez. No le engañaban sus pronósticos: jamás volvería a verlo; iba a la muerte, pero como un verdadero hijo de los mares, manteniéndose hasta en su agonía agarrado al gobernario de su carabela, sin cambiar de rumbo, llegando adonde se proponía llegar. Únicamente al ver la costa natal soltaba el timón, dejando caer su cuerpo sobre las tablas de la cubierta, escapándose de su envoltura terrena para comparecer ante Dios y saludarlo como único capitán. Iba a llegar rota la Pinta por la tempestad a la costa Norte de España, pero recta como una flecha, sin perder rumbo, sin hacer escala en ninguno de los dominios de Portugal, pues así lo tenían prohibido desde que salieron de España por orden de sus reyes. En cambio, Colón, dirigiendo la Niña, iba a dar días después por dos veces contra la tierra portuguesa, provocando conflictos internacionales. Pronto olvidó el Almirante la suerte del asociado, para pensar en la suya propia. —¡Adiós, señor Martín Alonso!—repitió al apuntar el día, no viendo ya la arboladura de la Pinta sobre ninguna de las montañas lívidas del mar alborotado—. Nuestro Señor lleve a vuesa merced por buen camino y le salve. Luego tuvo que ocuparse en su propia salvación. Salido el sol, fue mayor el viento, y el Océano cruzó las olas sobre la carabela con terrible violencia. Llevaba sólo un papahígo, y muy bajo, para que la nave saliese de entre estas masas de agua que la golpeaban por ambos lados, cubriendo su cubierta de espumas. Dicha vela única, a pesar de tenerla muy recogida, se hinchaba casi vertical, haciendo salir al buque de la doble cascada que caía incesantemente sobre él. Seis horas después de salir el sol, creyó necesario el devoto Almirante impetrar las protecciones celestiales. Hizo traer tantos garbanzos como personas venían en la carabela, y señalar uno con una cruz hecha a cuchillo, metiéndolos todos revueltos en el bonete de un tripulante. Iban a «echar un romero» que hiciese voto de ir al monasterio de Santa María de Guadalupe, en Extremadura, llevando un cirio de cinco libras de cera. El que sacase el garbanzo señalado tendría que cumplir dicha promesa. El primero en meter la mano en el bonete fue Colón, y sacó el garbanzo de la cruz, comprometiéndose a ir como romero al mencionado monasterio si llegaba con vida a la costa española. Continuó la tormenta, cada vez más furiosa, y en vista de ello echaron otra vez la suerte, por medio de los garbanzos revueltos en el bonete, para enviar otro romero a Santa María de Loreto. Colón explicó a su gente la eficacia de dicha romería. —Loreto está en la marca de Ancona, tierra del Papa, y allí existe la casa en que vivió la madre de Dios, la cual ha hecho y hace muchos y grandes milagros. El garbanzo marcado lo sacó un marinero de Puerto de Santa María, llamado Pedro de Villa, y el Almirante le prometió darle dineros para que pudiera costear su viaje. La tormenta seguía creciendo. Sintieron de nuevo todos la necesidad de implorar a la Virgen, pero en tierra de Andalucía, en el condado de Niebla, una Virgen que fuese verdaderamente suya, y apelaron de nuevo al sorteo para que aquel a quien tocase el garbanzo de la cruz velase una noche entera en la iglesia del convento de Santa Clara, situado en Moguer, haciendo decir a sus costas una misa. Y otra vez fue Colón a quien tocó la suerte de cumplir dicho voto. La tempestad fue en aumento al cerrar la noche, y todos hicieron el voto común de que en llegando a la primera tierra irían procesionalmente descalzos y medio desnudos, conservando puesta solamente la camisa, a rezar en una iglesia que estuviese bajo la advocación de la Virgen. Nadie esperaba escapar de la tormenta. Los buques de entonces eran una simple trabazón de maderos con grandes rendijas obstruidas únicamente por emplastos de estopa y brea. Cada golpe de las olas hacía crujir esta construcción primitiva, como si fuese a arrancar sus tablas, esparciéndolas a capricho. Todos lamentaban, además, la imprevisión de haber salido sin lastre, con la carga peligrosamente alivianada por haber sido ya comidos la mayor parte de los bastimentos e igualmente bebidos el agua y el vino. Lo único que habían podido hacer era henchir las pipas vacías de agua del mar, pero tal expediente era flojo remedio para la falta de lastre. Llevaban vistas los marineros viejos muchas tormentas en su vida parecidas a la presente, y se mantenían en un sereno fatalismo. Los que no habían navegado nunca, o sea los pocos de la parte civil de la expedición que no quisieron quedarse en la Navidad, sentían el espanto de una extrañeza mortal ante esta tormenta siempre en aumento. El dulce viaje de ida y las excursiones por el mar antillano, azul y luminoso, les había hecho olvidar los temores del primer día del embarque, imaginándose que las tormentas de que hablaban los marinos



viejos sólo podían desarrollarse en los mares de Europa. Se mantenían encogidos en los rincones mas secos de la carabela, con expresión de bestias asustadas, oyendo el continuo martilleo de las olas sobre los costados, imaginándose que cada descenso a lo más profundo de los valles que se abrían entre las olas iba a ser el último, faltándole a la nave fuerzas para levantarse. Gemían y lloraban al oír un crujido más grande que los anteriores. Ya había llegado el último momento. La espuma corría a cascadas entre los alcázares de proa y de popa. El fogón había sido barrido por el agua. Nadie pensaba en guisar: era empresa imposible. Los marineros comían para mantener sus fuerzas las duras tortas del bizcocho con pedazos de queso y bebían grandes tragos de vino. Todos habían sacado sus almocelas, largas esclavinas con capuchón, y la pequeña nao parecía dirigida por una comunidad de frailes. Los dos pajes Lucero y Fernando permanecían horas y horas en un rincón de la popa, sentados en el suelo, mirando con ojos de cervatillo medroso cómo venían las grandes montañas lívidas al encuentro de la carabela, elevándola con una fuerza dislocante, para arrojarla por su pendiente opuesta con una rapidez que creaba el vacío en el pecho de los dos jóvenes. Se estremecían con angustia sus diafragmas, como si cayesen para siempre y esta caída no hubiese de encontrar otro término que el profundísimo fondo del mar. Cuevas había perdido su audacia juvenil, su osado valor. Ahora veía por primera vez lo que era el Océano y sentíase inerme ante su furia. Deseaba proteger a su compañera y no sabía cómo hacerlo. Cada vez que la nave se acostaba, ¡acunándolos sobre el suelo de tablas, oprimía a la joven entre sus brazos y el miedo les hacía besarse. Al cerrar la noche vieron pasar junto a ellos a un hombre encapuchado. Levantando los ojos lo reconocieron. Era el Almirante, que había bajado unos momentos a la pequeña cámara del capitán de la Niña, su alojamiento ahora. Sin acordarse de su paje ni del maestresala Terreros, que debía estar gimoteando en algún escondrijo, había tomado como un simple tripulante el bizcocho, el queso y el vino, único alimento que se podía obtener en días de tormenta. Miró bondadosamente a los dos pajes, indicándolos con un ademán que continuasen sentados, pues ambos, al reconocerle, habían intentado levantarse. Comprendía los besos que estos dos hermanos cambiaban instintivamente a impulsos del terror. ¡Pobres mancebos! Volvió a instalarse en lo alto del alcázar de popa, ocupando la silla de madera del piloto y teniendo que agarrarse a sus brazos muchas veces, mientras el agua corría por sus pies. El capitán de la carabela, Vicente Yáñez, los pilotos Pedro Alonso Niño y Sancho Ruiz y el marinero Roldan, que también era hábil en el manejo de cartas y naves, se relevaban en lo más alto de la popa, todos encapuchados, examinando el mar, dando órdenes a la marinería, que las más de las veces resultaban innecesarias, pues había que dejarse llevar por los elementos. El único trabajo eficaz era hacer funcionar incesantemente la bomba para achicar el agua que invadía la bodega. El Almirante lo veía todo desde su cadira de mando, con una serenidad fatalista e impotente, puesta su única confianza en la bondad de Dios. La noche del jueves, 14 de Febrero, fue para él la más terrible de su vida. ¡Morir cuando volvía victorioso! ¡Morir teniendo ya en sus manos como esclavas sometidas a la Gloria y la Riqueza! Iba a repetirse una vez más la desgracia de aquellos pilotos misteriosos, de los que tanto hablaban en los puertos de mar, navegantes perdidos en el Océano que habían descubierto tierras nuevas, pero a la vuelta se los tragaba la inmensa y movediza llanura encrespada de furor, para que no revelasen su secreto. Su destino iba a ser más triste que el de aquel misterioso piloto que había venido a morir, según contaban, en una isla portuguesa, dejando «a alguien» como póstumo regalo las cartas y los rumbos de las misteriosas islas entrevistas. El no tendría siquiera a quien entregar el secreto de sus descubrimientos. ¡Perecer cuando veía ya con la imaginación el altísimo arco de su triunfo! Su fe de iluminado le reanimaba de pronto, haciéndole confiar en la protección de Dios. Se creía escogido por él para dar cima a la gran hazaña del descubrimiento, y el Señor, después de distinguirlo entre los demás, no podía abandonarlo. Luego sentíase otra vez hombre, con una debilidad humana, necesitado de confesar sus angustias a los otros que se hallaban en igual estado. El menor de los Pinzones era quien por su título de capitán de la carabela se encontraba en más íntima relación con el Almirante, y éste le habló largas horas. —Vuesa merced, señor Vicente—dijo en el curso de esta terrible noche—, tiene mujer y tiene hijos. ¡Cómo pensará en ellos! Pinzón, hombre de pocas palabras, como todos los solitarios del mar, contestó con vagas exclamaciones, reveladoras del estado de su ánimo. Don Cristóbal había adivinado lo que estaba él pensando. —Yo también—prosiguió Colón—siento una flaqueza y una congoja que no me dejan asentar la ánima, porque me dan gran pena dos hijos que tengo en Córdoba puestos al estudio, y que dejaré, si muero, huérfanos de padre y en tierra extraña, sin tener quién los remedie, pues los reyes no sabrán las nuevas tan prósperas que les llevamos y los servicios que en este viaje les he hecho. La consideración de que los monarcas de España y el mundo entero iban a quedarse sin saber que el Señor le había dado la victoria en todo lo buscado por él en las Indias le amargaba aún más que la orfandad y la miseria de sus hijos. El descubrimiento de una parte de las tierras del Gran Kan era para él a modo de un hijo espiritual, más querido que sus hijos carnales. Vicente Yáñez oyó hablar en voz baja a este encapuchado que permanecía en su sillón marino, agitado por las olas, como un fraile de negra cogulla en el sitio de un coro sumido en la sombra. —Señor, dame la muerte si esta es tu voluntad... Pero ¿también mi obra

debe desaparecer? ¡Sálvala, Dios mío! Con repentina decisión bajó a su camarote, tomando una hoja de pergamino y escribiendo en ella cuanto pudo. Procuraba hacer la letra muy clara, luchando con la continua movilidad de la mesa, con la incertidumbre de las llamas rojizas de dos linternas. Se esforzó por incluir en tan reducido espacio la relación entera de lo que había visto en su viaje, rogando al descubridor del pergamino que lo llevase a los reyes de España. Volvió a lo alto de la popa, envolviendo dicho pergamino en un paño encerado y atándolo muy bien. Un marinero, con un cable embreado que ardía como una antorcha, iluminaba estas operaciones. Sobre el escrito cerrado y sellado colocó otro sobrescrito, en el que se prometían mil ducados a quien presentase este rollo a los reyes, pero con la condición de no abrirlo. Con tal precaución, digna de su carácter siempre receloso, esperaba evitar que los extranjeros se enterasen de su secreto, si es que el pergamino caía en sus manos. Fue encerrado éste finalmente en un pedazo de cera del tamaño de una hogaza, y lo colocaron en un barril, que, por orden del Almirante, arrojaron al mar. Los marineros, al hacer esto, se imaginaban que era alguna devoción para obtener que amainase la tempestad. Jamás fue encontrado dicho tonel. El aviso de Colón, caso de morir éste, hubiese resultado inútil, quedando sus descubrimientos en el misterio. Luego pensó que era más conveniente repetir el mismo aviso, pero de modo que cayese al mar lo más cerca posible de las costas de España. Y escribió otro pergamino, colocándolo en un envoltorio semejante, pero ordenó que el tonel lo dejaran en lo más alto de la popa, sin amarre alguno. De esta suerte, si la carabela se iba a pique, quedaría el barril sobre las olas a capricho de la fortuna, pero más cerca de tierra, ahorrándose en su flotación todo el camino que el buque pudiese hacer antes de su naufragio. Al día siguiente el cielo se aclaró un poco. El mar, aunque menos encrespado, era todavía altísimo y peligroso. Vieron una costa por la proa, y unos decían que era la isla de la Madera, otros la roca de Cintra, junto a Lisboa; pero todavía estuvieron tres días en el Océano dando bordos, sin poder encabalar dicha tierra por la gran cerrazón y el mucho oleaje. El sábado consiguió reposarse un poco el Almirante, pues desde el miércoles estaba sin dormir, por hallarse medio tullido de las piernas a causa del frío, el agua y el poco comer. El lunes, 18 de Febrero, día de Carnestolendas, logró a la salida del sol anclar cerca de la isla, enviando una barca a tierra. Así supo Colón que estaba en la isla de Santa María, una de las del archipiélago de las Azores, y los habitantes de la costa le enseñaron el rumbo para entrar en el puerto de la ciudad. Esta isla era del rey de Portugal, y su gobernador vio primero con sorpresa y luego con inquietud la llegada de una nave española que tal vez venía de comerciar ilegalmente en alguna posesión de su monarca. Sobre el caserío distinguieron los navegantes una ermita, y al enterarse de que estaba dedicada a la Virgen, se apresuraron a cumplir el voto colectivo que la habían hecho. El mar seguía encrespado. Hacía quince días que duraba la tempestad, según manifestaron los isleños, y era conveniente cumplir en seguida los compromisos con el cielo para que éste siguiese protegiéndolos. Decidió Colón que una mitad de su gente fuese en procesión y en camisa a dicho eremitorio de la Virgen. El iría después con la otra mitad de los tripulantes. Se consideraba en tierra segura, confiando en las ofertas que le había hecho el gobernador y en que España y Portugal no tenían ninguna guerra en aquel momento. Pero el devoto grupo de marineros, al frente del cual iba Vicente Yáñez Pinzón, cuando llegó en camisa al eremitorio y estaban todos orando a la Virgen, se vio rodeado por gran parte del vecindario y también por el gobernador, que iba a caballo con una escolta de jinetes, quedando presos en la cárcel de la ciudad. Protestó el Almirante, hablando en nombre de los reyes de España, mencionando todos sus títulos, y amenazando a la isla entera con tomar venganza si no le devolvían su gente; mas los enviados del gobernador no hicieron caso de sus palabras, sabiendo que le faltaba gente para realizar un desembarco. También se vio obligado a huir del fondeadero, por ser muchas las peñas submarinas y temer que le cortasen las amarras, intentó irse a otra isla de las Azores, para mantenerse allí mientras pasaba el mal tiempo, pero tuvo que desistir del viaje, porque luego que los portugueses habían apresado la procesión de marineros en camisa, sólo le quedaban en la carabela tres hombres prácticos en las cosas del mar, ya que los otros, por ser de profesiones terrestres, no entendían de maniobras. Esto le obligó a volver a la isla, y el gobernador, arrepentido de su conducta, se puso en relación con él, acabando por devolverle su gente. Pidió Colón que un clérigo portugués viniese a bordo para decir una misa, pues llevaban varios meses sin oír la; lastró la carabela con piedras, lo que la hizo más estable para resistir el mal tiempo, y después de tomar leña, lanzóse otra vez al Océano, navegando toda una semana sin ver tierra. El tiempo continuaba siendo malo. No quiso compartir el Almirante la dirección de la carabela con nadie, seguro de llevarla en derechura a un puerto de España, especialmente al de Palos, de donde habían salido; pero menos práctico en las cosas del mar que los Pinzones, dio por segunda vez en tierra portuguesa. Sufrió vientos contrarios y grandes oleajes; una turbonada le rompió todas las velas, quedando la Niña próxima a hundirse. De nuevo el peligro les hizo echar suertes para enviar un peregrino a Santa María de la Cinta, en Huelva, que fuese descalzo y en camisa a orar ante dicha Virgen, y el garbanzo de señal lo sacó el Almirante. También hicieron un voto colectivo, comprometiéndose todos los de a bordo a ayunar el primer sábado que llegasen a tierra tomando solamente pan y agua. Empujada por el huracán y por el mar, que parecían querer

comérsela por ambos costados, fue navegando la carabela a árbol seco, y así llegó el 4 de Marzo ante una tierra alta, que unos creían isla y otros tierra firme, viniendo a resultar que era la roca de Cintra, junto a la entrada del río de Lisboa. Rezaron muchos en tierra por esta pobre nave tan maltratada y que hubo de luchar varias horas antes de entrarse en el Tajo. Celebró Colón tal contratiempo, creyéndolo, como era costumbre en él, obra de Dios, ganoso de dar una gran satisfacción personal a su elegido. Aquella ciudad de Lisboa, donde había sufrido tantas miserias, era la primera en verle llegar Almirante del Océano y virrey de tantas islas cercanas a los Estados del Gran Kan. El monarca portugués, que—según él—lo había despreciado aparentemente para robarle sus proyectos, se convencería ahora de su torpeza. Algunos de los cortesanos de dicho rey se sintieron tan ofendidos por el tono insolente con que se expresaba este antiguo aventurero, que propusieron al monarca el asesinarlo. Pero don Juan, a quien designaba Isabel la Católica por antonomasia con el título de «el hombre», reconociendo las cualidades de carácter de este difamador suyo, lo acogió con noble serenidad, invitándole a que le visitase con sus indios en un lugar donde se encontraba, tierra adentro, llamado Valparaíso. Temió el monarca en el primer momento que Colón se hubiese equivocado, desembarcando en tierras africanas descubiertas antes por los portugueses. Pero al ver que los indígenas que traía no eran negros, sino de palidez metálica y tenían el cabello lacio y no crespo, se convenció de que no eran africanos y más bien se parecían a los habitantes de Asia. Indudablemente, Colón había llegado por el Oeste al extremo oriental de las Indias. Y con verdadera nobleza de alma lo felicitó, dispensándole varios agasajos en su palacio campestre. Además, dio orden a sus capitanes de Lisboa para que no molestasen al Almirante de los reyes de España, pues Colón andaba metido en cuestiones con las autoridades marítimas de Portugal, porque éstas pretendían llevarse presos a dos marineros portugueses tripulantes de la Niña. Apenas fondeado en Lisboa, se preocupó de dar nuevas de su viaje a la corte de España, enviando por tierra una carta a su protector y amigo Luis de Santángel, que en los documentos oficiales gozaba el título de «Magnífico señor». Esta carta había venido escribiéndola desde las Azores, en plena tormenta, y al despacharla en Lisboa la añadió «un ánima», que así se llamaba el papel supletorio agregado a última hora. También envió otra carta al señor Rafael Sánchez, tesorero de los reyes y «cristiano nuevo», lo mismo que Santángel. A nadie más escribió, como si en aquel momento solamente le interesase dar la noticia de su triunfo a estos dos cortesanos de puro origen judío. El 13 de Marzo partió de Lisboa, y el 15, poco después de salir el sol, se hallaba ante la barra de Saltes. Al mediodía, con la marea montante, pasó la barra, llegando al puerto de Palos, de donde había salido el 3 de Agosto del año anterior. En aquella misma tarde otro buque llegó al puerto de Palos. Era la Pinta, que no había perecido, como se imaginaba Colón en aquella noche triste. La carabela, no obstante tener roto un palo de su arboladura, había sabido singlar derechamente hacia España, sin refugiarse en ninguna tierra extranjera ni correr el riesgo de que la capturasen, como le ocurrió a Colón en las Azores. A pesar de la continua tormenta, no había perdido el rumbo, arribando al puerto español de Bayona, en tierra de Galicia. Pero su capitán llegaba moribundo. Las penalidades sufridas durante varias semanas, sin dormir, casi sin comer, junto al timón día y noche, examinando el mar a todas horas, habían agotado las energías de este atleta del mar. Desde Galicia despachó a uno de sus hombres para que, atravesando España, fuese a Barcelona, donde estaban los reyes, y les diese noticia de todo lo ocurrido. Temía que su antiguo socio hubiese quedado para siempre en la inmensa sepultura del Océano con su propio hermano y todos los demás amigos y parientes que tripulaban la Niña. Luego, sobreponiéndose a su debilidad mortal, se lanzó otra vez al mar, pasando ante las costas portuguesas sin hacer escala en ellas, y entró en Palos horas después que Colón. Sus marineros tuvieron que sacarle en hombros, llevándolo primeramente a su casa, y luego, por orden suya, al monasterio de la Rábida. Quería morir cerca de sus amigos del convento, de aquellos frailes que se complacían en conversar con él sobre cosas del Océano. Cuando llegó a Palos una carta de la reina Isabel contestando a la relación «que le había enviado desde Galicia el gran marino, éste ya había muerto, quedando en impenetrable secreto el contrato puramente verbal, a uso de honrados marinos, que habían hecho él y Colón antes de emprender el viaje. El muerto fue muerto segunda vez por el olvido. Las gentes únicamente se fijaron en el triunfador que vivía y que todos podían ver. Vicente Yáñez y los otros navegantes de Palos amigos de los Pinzones se quedaron modestamente en el pequeño puerto andaluz. De vivir Martín Alonso, su hermano o su pariente habrían ido con él a Barcelona, donde estaban los reyes. Sin él no osaban alejarse del mar. Sentíanse como huérfanos; estaban acostumbrados toda su vida a seguir sus direcciones. Había ejercido sobre ellos una autoridad patriarcal, y se veían ahora como los hombres de una tribu cuando pierden a su jefe, desorientados, sin saber qué hacer, hasta que se separasen y las iniciativas personales fuesen despertando en cada uno. El Almirante se fue a Sevilla, y desde allí emprendía una marcha triunfal hasta Barcelona, llevando por delante los indios cautivos y una parte de su tripulación. Marineros, grumetes y pajes recibían la promesa de cobrar en Barcelona el resto de sus pagas. Ya no tenía al lado quien osase discutir con él, quien pusiera freno a sus exageraciones imaginativas, quien insinuara dudas sobre si había llegado o no a las tierras del Gran Kan. ¡Adiós,

Martín Alonso!... ¡Adiós para siempre! Capítulo Sexto.- Donde el Almirante derrama lágrimas al contar su llegada a las primeras tierras del Gran Kan y los reyes lloran igualmente, hincados de rodillas, agradeciendo al cielo el descubrimiento de Asia por Occidente. Mientras Colón preparaba en Sevilla su viaje a Barcelona, las gentes de aquella ciudad se agolpaban frente a una casa situada junto al llamado Arco de las Imágenes, en la iglesia de San Nicolás. Allí estaban aposentados los hombres cobrizos que el descubridor había traído de las Indias. Sólo eran siete los que quedaban después del tempestuoso viaje de regreso. Los otros habían muerto en el mar. Admiraban los curiosos igualmente la gran cantidad de papagayos verdes y rojos, y las guaicas, carátulas hechas de huesos de pescado, a manera de pedrería de aljófár, con laminillas de oro en ojos y orejas. Algunos pedían ver el oro fino traído de Asia; pero no era mas que en cantidad reducida, a modo de muestra, resultando en esto las palabras del descubridor más brillantes que la realidad. Partió Colón con su séquito a fines de Marzo. Iba jinete en una mula, y seguido de toda una recua de caballerías llevando a cuestras lo recogido en el viaje. Los marineros, grumetes y pajes que formaban su séquito en esta visita a los reyes marchaban a pie o se repartían el disfrute de las mulas y rocines que iban facilitando por orden real las autoridades de las poblaciones. Cuevas y Lucero siguieron al Almirante. ¿Adonde ir en este país que era el suyo, pero les inspiraba una continua inquietud a causa del origen religioso de ella?... Sentíanse libres de toda sospecha y al amparo de la autoridad real manteniéndose junto a Colón. Separándose de él, quedaban, además, faltos de medios para vivir. Experimentaban cierta satisfacción gloriosa por haber ido en aquel viaje del que hablaban las gentes con asombro. Por primera vez se percataban de que sus personas habían adquirido cierta importancia siguiendo a su señor en tan maravillosas aventuras. Cuando salieron de Sevilla, en las primeras horas de la mañana, Cuevas dejó que el paje del Almirante marchase solo cerca de su amo. El se reuniría a la expedición en el curso de la jornada. Tenía que hacer algo en Sevilla en los últimos momentos. Fue al mesón donde se había quedado Terreros, el maestresala del Almirante, y lo llamó fuera de la casa con pretexto de darle un recado de su antiguo señor. El joven era vengativo, más por las preocupaciones de aquella época que por imposiciones de su carácter. Toda ofensa debía ser devuelta, so pena de pasar por mal nacido. Al verse solo, en una callejuela inmediata, con este hombre que por su edad casi podía ser su padre, le habló apresuradamente, teniendo del ronzal el mulo de la expedición que se había reservado para poder volver pronto a unirse con ella. —Señor Pero Terreros— dijo con voz trémula y ojos brillantes de ira—: vuesa merced, por dar gusto a Pero Gutiérrez, que tal vez posa a estas horas en los infiernos, golpeó en mi presencia a mi hermano Lucero, y antes de que nos separemos, como hidalgo honrado, debo darle las tornas. Y asestó un par de puñetazos en el rostro del maestresala que le dejaron tambaleante de dolor y de sorpresa. Quedó el joven inmóvil un buen rato, en actitud defensiva, esperando que el adversario cayese sobre él; pero al ver que le volvía las espaldas e iba hacia el mesón pidiendo a gritos favor del rey y de la justicia, puso el pie en un poyo de piedra inmediato y saltó en su caballería, golpeándola con los talones para que emprendiese un vivo trote, impropio de un animal de recua. Cuando el cortejo del Almirante llegó a Córdoba, desprendióse del gentío curioso Beatriz Enríquez con toda su parentela, llevando además por delante los dos hijos de Colón. La permanencia de éste en Córdoba fue breve. Necesitaba verse en Barcelona cuanto antes, para preparar un segundo viaje a las tierras descubiertas. Besó, con ojos llorosos de emoción, a sus hijos Fernando y Diego. Este hombre, que concentraba todos sus afectos y deseos en sus empresas, adorándose a sí mismo al adorarlas a ellas, amaba sin embargo vehementemente a los dos niños. Eran de su sangre, y para él únicamente resultaba posible el amor acompañado de la consanguinidad. Semanas antes, en medio de la tormenta oceánica, sólo había pensado en ellos y llorado por ellos, dejando en el olvido a sus dos madres. Para que él amase a alguien era preciso que se llamara Colón. Fuera de la tribu formada por hermanos e hijos, los demás seres inmediatos a él parecían haber nacido con el único destino de servir a su familia, sin merecer por esto gran recompensa. Beatriz le miró con asombro al verle triunfador, y al mismo tiempo recordaba con melancolía amorosa los días de obscura felicidad, cuando este hombre aún no había realizado ninguna de sus ilusiones. En vano intentó ella hablar a solas con su antiguo amante. Rehuyó bruscamente toda intimidad. Los tiempos habían cambiado. Su gloria no le permitía ser el mismo de antes. El «hombre de la capa raída» quedaba, como un fantasma, disuelto en el pasado... Y don Cristóbal, Almirante de la mar Océana, visorrey de las islas y tierra firme de Asia, habló a la pobre Beatriz como si fuese una criada fiel a la que había confiado sus hijos. Podía seguir guardándolos, en espera de las órdenes que él enviaría desde la corte. Era casi seguro, según noticias recibidas de sus amigos de allá, que los reyes iban a encargarse de estos dos niños, educados hasta el presente en una pobre escuela de Córdoba, para hacerlos pajes y amigos del príncipe don Juan, heredero de la corona. —Adiós, Beatriz—dijo—, y que el Señor os tenga en su santa guarda. El os pague lo que habéis hecho por mis hijos, y yo procuraré igualmente, por mi parte, daros algo de lo mucho que merecéis. Y aconsejado por un regidor de la ciudad, la prometió poner unos dineros a nombre suyo sobre las carnicerías de Córdoba, con lo cual recibiría todos los años una pequeña renta. También fue saludado por la mujer y los hijos de Diego de Arana, «su

governador de la villa de la Navidad». Todos los Arana se mostraban orgullosos del honor que, al otro lado del Océano, había recibido uno de los suyos, imaginándoselo vestido de oro y tratando al Gran Kan como un igual, sin imaginarse ni por un momento que bien podía haber sido asesinado a aquellas horas. Se extrañó Colón de no recibir la visita del doctor Acosta. Necesitaba verlo, para gozarse en la confusión que mostraría el sabio físico ante su triunfo. Pero el doctor había sido llamado a Barcelona con gran urgencia, muchas semanas antes, para que asistiese al rey don Fernando. Mientras navegaba la flotilla descubridora entre las islas vecinas al Imperio del Gran Kan, había ocurrido en España un suceso inaudito para aquellos tiempos de fervor monárquico. La corte, siempre vagabunda, había tenido que trasladarse a Barcelona, y aún permanecía allí. El rey don Fernando necesitaba hallarse próximo a la frontera de Francia. Su padre, don Juan Segundo de Aragón, con motivo del levantamiento de una parte de Cataluña, se había visto obligado a dejar en depósito a Luis XI, rey de Francia, la ciudad de Perpiñán y todo el Rosellón, que eran suyos. Ahora don Fernando exigía a Carlos Octavo, actual rey francés, que devolviese el depósito recibido por su padre. El Papa exigía igualmente dicha devolución, y los reyes de España estaban en Barcelona para apresurar las negociaciones diplomáticas, que en aquella época eran muy lentas, o preparar una guerra si resultaba necesario. Una parte de Cataluña, aunque sometida, mostraba sorda hostilidad contra el rey don Fernando, hijo de un monarca con el que había sostenido larga guerra civil. El y su esposa vivían en Barcelona rodeados de señores castellanos, aragoneses, valencianos y cierta parte de catalanes, pero el país se mantenía algo apartado de la corte, con la frialdad del vencido que obedece pero no ama. Al salir un día de su palacio de Barcelona, don Fernando recibió una tremenda cuchillada en el pescuezo. Se imaginó en los primeros momentos una traición de los cortesanos que le rodeaban, y llevó la mano a su espada para defenderse. Fue un catalán, un campesino, llamado Juan de Cañamas, quien dio el golpe; en realidad un demente, pues dijo haber hecho esto porque, muerto don Fernando, a él le correspondía ceñirse la corona. Hubiese acabado el loco con el rey a no ser por una gruesa cadena de oro que don Fernando llevaba al cuello, según la moda de entonces. La espada ancha y corta del regicida, semejante a un cuchillo de carnicero, no pudo penetrar más a causa de dicha cadena; pero aun así, la herida resultaba mortal, y durante muchas semanas estuvo el rey en gravísimo estado, causando dicho crimen enorme emoción en todo el país. Cuando el herido se encontraba en estado más crítico, algunos señores de la corte se acordaron del doctor Acosta, que tantas veces había visitado a los reyes como médico cuando vivían en Córdoba, y doña Isabel lo hizo llamar por medio de un mensajero, que realizó su viaje a mataballo, trasladándose el físico con no menos celeridad a Barcelona. Aún vivía allí, atendiendo a don Fernando. La herida estaba cicatrizada, pero el rey sentíase débil a causa de la mucha sangre perdida, y su médico no hablaba aún de volver a Córdoba. Antes de que el cortejo de Colón saliese de dicha ciudad tuvo Lucero un encuentro inesperado. Se presentó una mujer en el mesón donde estaban alojadas las gentes del Almirante, preguntando por el paje Fernando Cuevas. Y mostró éste gran inquietud al reconocer a la recién llegada. Su rostro tenía una expresión de cansancio y de prematura vejez. Iba vestida a lo cristiano, toda de negro y con tocas de luto, a semejanza de las devotas que pasaban la mayor parte del día en las iglesias. Mas a pesar de tal indumento y de sus estragos faciales, reconoció en ella a la bella judía madre de Lucero y esposa de don Isaac. Tenía sabido por una carta que Fernando escribió a su madre antes de marcharse de España, que éste se había embarcado en Palos en la armada que iba a la India, lo que le hizo suponer que Lucero se había marchado con él, y como estaba en Córdoba, luego de la expulsión de los judíos, venía en busca del mancebo al enterarse de la llegada del Almirante. ¿Dónde estaba su hija?... Cuevas, luego de recomendarle que no mostrase asombro por el nuevo aspecto de Lucero, la llevó adonde se hallaba el paje del Almirante. La antigua judía, después de lo que había sufrido en los últimos meses, no estaba dispuesta a asombrarse de nada. Además, en aquellos tiempos era un recurso casi ordinario que las mujeres se disfrazasen de hombre en casos que exigían el ocultamiento. Contó apresuradamente las terribles aventuras de ella y de los suyos. Se habían embarcado en una de aquellas flotas dolorosas que llevaban hasta la costa de África a los israelitas fugitivos. Tal vez iban en uno de los buques que se cruzaron con la armada descubridora de las Indias al salir ésta al Océano. Su desembarque en la costa marroquí era el principio de una persecución infernal, con suplicios nunca concebidos por los desterrados. Avanzaban en rebaños hacia las ciudades interiores de Marruecos, y los musulmanes los trataban peor que los cristianos de la Inquisición. Había circulado la noticia de que muchos judíos, para contravenir el decreto que les obligaba a dejar su oro en España, se habían tragado muchas monedas de tal especie, y los bárbaros marroquíes abrían el vientre a todos aquellos en cuyas entrañas creían encontrar tan rico escondrijo. Sofaldaban con manos impúdicas a las mujeres, registrando las partes más íntimas de sus cuerpos por creer que también ocultaban en ellas cantidades de oro. La cruel lujuria oriental, mezclada con sangre y muerte, se ensañaba en estas muchedumbres fugitivas. Mujeres y niños eran víctimas de ultrajes nefandos y antinaturales. Padres y hermanos, al intentar oponerse a tan inauditos atropellos, eran asesinados. Así había perecido don Isaac, defendiendo su familia y los restos de su fortuna. Retrocedían los

maltratados judíos hacia la costa, pidiendo volver a la tierra española. Se mostraban dispuestos a aceptar el bautismo, a reconocer cuantas creencias quisieran imponerles, a cambio de salir de tal infierno. El Señor no había obrado los prodigios que anunciaban los rabinos al salir los israelitas de España, y que debían ser iguales a los que hizo cuando los sacó de Egipto. La tierra que había sido su patria hasta unos meses antes, dominada ahora por la Inquisición, les parecía un lugar paradisiaco al escaparse de la tierra africana. Había vuelto a Andalucía la madre de Lucero, implorando a voces el bautismo, como tantas otras infelices mujeres, después de los martirios sufridos en Marruecos, y se dirigió a Córdoba, buscando el amparo del doctor Acosta, al que había conocido muchos años antes. El célebre médico preparó todo lo necesario para su bautismo, aposentándola en casa de unos «conversos» y dando dinero a éstos para su mantenimiento. Así vivía en santa paz, yendo todos los días a la iglesia para que las gentes olvidasen su origen y estremeciéndose de horror al recordar las semanas pasadas entre los marroquíes. —Ya que vas a Barcelona, hija mía, preséntate al doctor. El está allá curando al rey. Le dirás: «Soy la hija de Débora la de Andújar.» No necesitas añadir nada más. ¡Hemos hablado tantas veces de ti!... Prosiguió su camino el cortejo del Almirante con toda su recua cargada de fardos. En los pueblos por donde pasaba le salía al paso el mismo gentío curioso, compuesto de sus habitantes y de otros vecindarios lejanos, acudidos para contemplar las maravillas propaladas y exageradas por la fama del viaje. Estos hombres de rostro curtido por el sol y el aire del mar venían de las indias, de las tierras inmediatas al Ganges, trayendo riquezas iguales a las que se describían en los cuentos relatados junto al hogar durante las noches invernales. Luego mostraban cierta desilusión al no ver más que papagayos, y fantaseaban sobre el contenido de los enormes lardos, cerrados y sellados, que iban a lomos de las caballerías, suponiendo que los vegetales, maderas y bestias puestas en sal eran enormes lingotes de oro. A mediados de Abril llegaron a Barcelona. Las cartas enviadas por Colón desde Lisboa a sus poderosos amigos los «conversos» Luis de Santángel y Rafael Sánchez, describiendo las cosas vistas en su viaje, eran ya conocidas por las personas de la corte. La del tesorero Sánchez, que no era más que una copia de la otra dirigida a Santángel, tuvo la suerte de adquirir universal celebridad. Un clérigo aragonés, Leandro de Cosco, residente en Roma, la tradujo al latín, poniendo su obra bajo la protección de Alejandro Sexto, el segundo papa Borgia, que estaba entonces en el primer año de su pontificado, y el documento pudo circular en tal forma por Europa entera, leyéndolo todas las personas cultas. El recibimiento de Colón en Barcelona fue brillante, pero únicamente la corte intervino en él. Don Fernando, el hijo segundo de Colón, que no pudo verlo, lo contó a su modo muchísimos años después. Numerosos historiadores, a cuatro siglos de distancia, cuando la América asombra con sus progresos, han descrito dicho recibimiento con no menos exuberancia, influenciados por la consideración, de lo que es en nuestros días dicho Nuevo Mundo. Pero el hombre que llegó a Barcelona en 1493 con unos cuantos marineros y unas docenas de fardos no sabía nada del descubrimiento de América, y murió sin querer reconocer su existencia. Era simplemente un navegante que había descubierto algunas islas de la India asiática, más allá del Ganges, no pudiendo verlas todas por falta de tiempo. Traía más esperanzas que realidades, e iba a volver al otro lado del Océano, tan pronto como le fuese posible, hasta dar con los dominios del Gran Kan y hacer una visita solemne al «rey de los reyes». Existen relatos de la llegada de Colón a Barcelona, pero son de cortesanos y se refieren únicamente al recibimiento hecho por los reyes. Se conocen también de dicha época Dietarios del municipio de Barcelona, en los que se consigna, día por día, todo lo que iba ocurriendo en dicha ciudad, hasta las cosas más insignificantes, y en ninguno de ellos se encuentra una palabra sobre la llegada y el recibimiento de Colón. Es indudable que hubo una recepción solemne en el palacio de los reyes, pero no existió un recibimiento popular, ni las autoridades municipales se ocuparon para nada de la presencia de este viajero. Barcelona vivía, como ya se ha dicho, despegada de la corte. Su puerto, uno de los más famosos del Mediterráneo, estaba ahora casi desierto, pues los reyes, para castigar la antigua rebeldía de la ciudad, habían favorecido el puerto de Valencia, convirtiéndolo en núcleo del comercio con Italia. Además, la gran ciudad de Cataluña sufría en aquel momento las consecuencias de la persecución iniciada por los inquisidores. Muchos de sus comerciantes, a pesar de que eran «conversos», habían tenido que huir al extranjero por su origen judío, paralizándose los negocios. Su Banco, uno de los más poderosos de Europa, llamado Taula (mesa) de Barcelona, estaba próximo a quebrar, a causa también de la crisis comercial provocada por la Inquisición. Y como eran los dos reyes quienes habían impuesto el llamado Santo Tribunal en Cataluña, una parte del país protestaba con su alejamiento de ellos, ya que no podía hacer otra cosa. Además, Barcelona, patria de grandes marineros, había sido rival durante siglos de Génova y aliada de Venecia, compartiendo con esta última república el monopolio de embarcar las especias en los puertos de Egipto para venderlas en Europa. Cuando llegó Colón a Barcelona, acababa de ser demolida, para ensanche del puerto, una pequeña colina situada entre éste y la iglesia de Santa María del Mar, a la que todos llamaban el Puig de les falsies, la «Colina de las mentiras». En dicho punto seguían reuniéndose pilotos y marineros para hablar de las cosas del mar y las maravillas de los descubrimientos oceánicos. Bastaba pasar el estrecho de Gibraltar, navegando hacia el Sur de

África, para ver gentes y tierras asombrosas, y esto es lo que había hecho que los vecinos de Barcelona llamasen «Colina de las mentiras» al punto de reunión de los marinos. De aquí había salido el audaz capitán que en un frágil luxer descubría el Río de Oro en la Guinea muchos años antes que los portugueses; por aquí habían pasado los cartógrafos catalanes y mallorquines que dibujaban en sus mapas las Canarias y las Azores cuando aún eran ignoradas por las otras marinas de Europa. Estos catalanes del mar, enérgicos y positivos, que navegaban por su negocio, tenían forzosamente que reír de un almirante que encontraba sirenas. Había ido al Asia por el camino de Occidente, buscando especias, el comercio más rico y lucrativo de aquella época, ¿y dónde estaban las especias?... ¿Traía en sus fardos una muestra de todas ellas, iguales a las que los marinos de Barcelona habían ido a cargar durante dos siglos en el puerto de Alejandría con los genoveses y los venecianos?... Señores de la corte montados a caballo salieron a recibir a Colón en las puertas de la ciudad. Era el Almirante, como hombre imaginativo, muy aficionado a las pompas escénicas, y se cuidó de organizar su séquito como un cortejo teatral. Los transeúntes se detenían en las calles al ver el grupo de pajes de mar y de grumetes llevando al extremo de largas pértigas los papagayos rojos y azules, de ruidosa charla. Luego, los marineros traían en andas los diversos peces de formas raras cogidos en el mar de las Antillas y conservados en sal. Otros llevaban sobre almohadones las carátulas y otros objetos de oro trabajados rudamente, lo único valioso de este botín oceánico. Pero lo que atraía más la atención era el grupo de hombres descalzos, de piel cobriza, y pintarrajeados, que llevaban en sus hombros una simple manta de algodón para defenderse del frío de la tierra de los dioses blancos. Para mayor solemnidad y pompa, los reyes habían hecho colocar su solio en un salón del piso bajo de su palacio, cercano a la catedral. Los jinetes que escoltaban al Almirante quedaron en la plaza, en torno a una fuente gótica, y el héroe, con todos sus compañeros de navegación y sus exóticas muestras, entró en la vivienda de los monarcas. Los dos tenían a su lado al príncipe don Juan, y ante las gradas del trono muchos grandes señores de Castilla y Aragón. Se arrodilló el Almirante al pie del solio real, y don Fernando, a pesar de que aún se sentía débil a causa de su herida, se apresuró a bajar las gradas, yendo hacia Colón para que abandonase cuanto antes su humilde postura. Luego mandó que trajesen una silla rasa o taburete para que pudiese sentarse ante las reales personas, honor que muy pocos alcanzaban en aquel tiempo. En presencia de los magnates de la corte y bajo las miradas afables de los dos monarcas, este navegante visionario, que era de palabra fácil e imaginación pronta, empezó el relato de las mercedes que le había hecho Dios en su viaje y de todo lo ocurrido en el camino del descubrimiento. Nadie tenía autoridad para contradecirle, atajando sus fantasías. Podía correr cuanto quisiera por los campos de su imaginación, sin que un testigo de lo que decía le llamase a la prudencia. Lo que no había podido ver, a causa de la falta de tiempo, lo daba por seguro, prometiendo encontrarlo en un nuevo viaje. Habló de Cuba, tierra firme, cabo avanzado de Asia, extremo de la rica provincia de Quinsay en los opulentos dominios del Gran Kan, país que sólo había podido explorar rápidamente, y también de Cipango, isla que él había bautizado «la Española», y que guardaba en su interior enormes yacimientos de oro, escapándose su riqueza por los veneros líquidos de los ríos como si las montañas no pudieran contenerlos: tan exuberantes eran. Fue mostrando las plantas que había traído de allá, la purgativa cañafistula, el lináloe aceitoso, la almáciga, igual a la de las islas griegas, el ruibarbo, del que se podían cargar buques enteros. Y si no traía la pimienta, el clavo, la nuez moscada y la canela, era por no haber estado allá en los meses propicios a su recolección; pero mostrábase seguro de que en el segundo viaje podría traer flotas enteras de los ricos condimentos, tan buscados por el comercio. Lo mismo podía decir del oro. Y fue mostrando con orgullo aquellas piezas labradas por los indígenas, faltas de pulimento, y muchos granos auríferos, gruesos o menudos, que estaban por fundir, tal como se sacaban de la tierra. La cantidad no era mucha. Colón se apresuraba a afirmar que estas carátulas adornadas con sutiles chapas de oro y los demás objetos tan delgados que consistían en una sola hoja, llamados «guanines» por los indígenas, no eran más que una simple muestra de las enormes masas de oro que él había visto en Cipango, y que se irían extrayendo en el nuevo viaje, con más tiempo y tranquilidad. El rey o cualquiera de los señores de su corte llevaban tal vez en el macizo collar que adornaba su pecho y en la empuñadura de la espada de gala tanto oro como el traído por el descubridor: pero tal era la elocuencia inflamada de éste al ponderar los tesoros de aquellas islas vecinas al Ganges, y el poder misterioso de los «guanines» fabricados por los indígenas, que los oyentes, despreciando la realidad, veían en su imaginación los tesoros futuros descritos por el Almirante. Cuando más se conmovieron los oyentes, empezando por la devota reina, fue al señalar el descubridor el grupo de hombres desnudos y cobrizos, que miraban a un lado y a otro, deslumbrados por la solemne ceremonia, por el lujo de los trajes, por el brillo de las pedrerías femeniles y las armas de los hombres. Esta corte, predispuesta a las aventuras románticas para el triunfo de la fe cristiana, y que había dado fin a una guerra religiosa de siete siglos con la toma de Granada, se conmovió al oír cómo el descubridor iba describiendo las costumbres de aquellas tribus inocentes y su disposición para aceptar la santa doctrina católica. Gracias a los reyes españoles, Jesucristo iba a contar con millones y millones de nuevos creyentes. Lloró Colón, sugestionado por sus

propias palabras, sintiéndose en aquel momento un enviado de Dios, La reina, maquinalmente, se hincó de rodillas, el rey y el príncipe don Juan hicieron lo mismo, y todos los de la corte les imitaron, alzando al cielo sus manos y sus ojos llenos de lágrimas. Los cantores de la capilla real, que habían sido convocados para la ceremonia, empezaron a entonar, sin orden alguna, el Te Deum laudamus. Los ministriles altos y otros instrumentistas acompañaron su canto, y todos creyeron ver abrirse el cielo sobre sus cabezas y que las voces de querubines y santos saludaban este gran suceso, de inmensas consecuencias para España y para la religión. Los mismos reyes, que se habían sonreído muchas veces al oír que el iluso navegante soñaba con la conquista de la Casa Santa de Jerusalén gracias al oro que encontraría en las tierras del Gran Kan, empezaron ya a considerar factible este plan de profeta exaltado. A partir de tal día, Colón se vio confirmado por los monarcas en todos sus honores de almirante y visorrey de cuanto descubriese en Asia. Muchos días volvió al palacio para relatar a solas a los monarcas los episodios de su navegación y sus planes sobre el nuevo viaje. La confianza en el antiguo «hombre de la capa raída» adquirió una solidez semejante a la de un dogma religioso. Nadie se atrevía a discutir lo que él dijese. En las primeras semanas de su permanencia en Barcelona todavía parecían dudar de él y de la importancia de su descubrimiento las gentes más cultas de la corte. Pedro Mártir de Anglería, el gran humanista italiano, muy apreciado en la Universidad de Salamanca y capellán de la reina Isabel, al dar noticias de España a sus grandes amigos de la corte pontificia, sin tener en cuenta que Colón se decía compatriota suyo, se expresaba así en Mayo, después de ser recibido por los reyes: «...Ha vuelto de los antípodas occidentales cierto Cristóbal Colón de la Luguria...» Dedicaba tres líneas más a su viaje, y pasaba a hablar de otra cosa, como si el suceso careciese de importancia. Sólo cuatro meses después empezaba a darse cuenta Pedro Mártir de la valía de tal descubrimiento, reflejando en sus palabras la reacción que había venido realizándose en las gentes cultas. Tal vez este movimiento de confianza hacia Colón no se había originado en la corte, y venía del Sur de la península, de Sevilla y los puertos costeros de Andalucía, donde quedaron los Pinzones y otros pilotos que habían ido en dicho viaje. Las relaciones precisas, medidas y prudentes de estos hombres de mar sirvieron para infundir confianza a los que habían dudado siempre de Colón, por las exageraciones imaginativas de sus discursos. Pedro Mártir se hizo amigo del Almirante y le interrogó luego varias veces; pero al igual de muchos hombres cultos de su época, aunque aceptaba la realidad del descubrimiento de unas islas, dudaba de que éstas fuesen—como afirmaba Colón—vecinas al Ganges y a las provincias de tierra firme gobernadas por el Gran Kan, por creer la tierra mucho mayor que la suponía este marino. Daba prisa a los reyes el Almirante de la mar Océana para que le permitiesen emprender un segundo viaje. Le placían los grandes honores que iba recibiendo en Barcelona. El rey paseaba por las calles, llevando a un lado al príncipe don Juan y al otro a don Cristóbal Colón. Sus hermanos Bartolomé y Diego recibían títulos de caballero, con derecho a colocar el honorífico «don» ante su nombre. Le daban los monarcas un escudo de armas, glorificando sus cuarteles el reciente descubrimiento. Sus dos hijos Fernando y Diego estaban ya camino de la corte, por ser pajes del príncipe don Juan, educándose con el heredero de la corona, honor que sólo disfrutaban los vástagos de la más alta nobleza. Hasta los indios que habían acompañado al Almirante eran objeto de paternales cuidados y de honores. La reina doña Isabel se preocupó inmediatamente de bautizarlos, y todos ellos se mostraban dóciles y atentos para imitar lo que veían, repitiendo como ceremonias mágicas los signos de la cruz con la mano, y las genuflexiones. Por ser los espíritus de los blancos más poderosos que los suyos, lógico les parecía contestar con gestos de aprobación a las palabras de unos hechiceros vestidos de negro, obedecidos reverentemente por los demás, que llevaban ropas de brillantes colores y armas relucientes como el cristal, cuyo filo quemaba lo mismo que el fuego. Les preguntaban a todos ellos si deseaban el bautismo y respondían afirmativamente. Sus Altezas los reyes y el Serenísimo príncipe don Juan, su primogénito y heredero, fueron sus padrinos. A un indio, el más principal de ellos por ser pariente del cacique Guanacará, lo llamaron don Fernando de Aragón, haciéndolo noble. A otro lo bautizaron don Juan de Castilla, y así fueron recibiendo nombres los demás. El don Juan de Castilla se quedó en la casa de los reyes, tratado como si fuese hijo de un caballero principal, muy allegado a los monarcas, mientras los demás indios bautizados se marchaban con el Almirante en su segundo viaje. Un mayordomo de palacio, llamado Patino, recibió el encargo de enseñar la lengua castellana a don Juan de Castilla; pero cuando ya empezaba a saberla, murió a causa tal vez de los rudos cambios de temperatura sufridos por él en esta corte andariega, que iba de un lado a otro de España, según las necesidades del gobierno. En medio de todos estos agasajos dispensados por los reyes a Colón y a los que le habían seguido del otro lado del Océano, pensaba el Almirante muchas veces con secreta tristeza en los hombres que había dejado en el fuerte de la Navidad. Esto le hacía hablar con frecuencia a los reyes de «la villa que poseían en las nuevas tierras», y propenso siempre a la amplificación, la pobre cerca de tablas conteniendo algunas chozas en la tierra del reyezuelo Guanacará tomaba importancia de gran ciudad al ser recordada por él. Para ganar tiempo, habían ordenado los reyes, por diversos mensajes enviados a Sevilla, que don Juan Rodríguez de Fonseca, arcediano de dicha catedral,



trabajase en la preparación de una gran flota, que el Almirante iría a revistar cuando estuviese casi completa. Este arcediano Fonseca, que después fue obispo, era muy aficionado a las cosas del mar, y aunque la preparación de armadas parecía en aquellos tiempos «más oficio de vizcaínos que de obispos», los Reyes Católicos siempre que necesitaban crear una flota se dirigían a él. Hasta su muerte fue el obispo Fonseca algo así como ministro de Marina y ministro de Colonias a un mismo tiempo, organizando todas las expediciones que salieran para el Nuevo Mundo y consiguiendo licencias reales para otros descubridores que prosiguieron la obra de Colón. El primer viaje había sido una empresa romántica, falta de sentido práctico y de preparación, muy mediocre en sus medios: algo dispuesto a la ventura, que había salido bien por una armonía maravillosa de los hechos, como si la Naturaleza lo ayudase, sin sufrir otra perturbación que las tormentas del regreso. Este segundo viaje iba a ser, entre todos los cuatro realizados por el Almirante, el que reuniría mayores elementos. Pero tales faltas cometió durante su transcurso, que en el tercer viaje iba a iniciarse su desprestigio, y el cuarto y último, emprendido con un deseo de rehabilitación, acabaría en formidable fracaso. Al día siguiente de ser recibidos el Almirante y su marinería en el palacio real, Cuevas y Lucero se dedicaron a averiguar el alojamiento del doctor Acosta, uno de los médicos del rey. Los tripulantes de las carabelas descubridoras habían sido aposentados en las Atarazanas del puerto, y allí esperaban a que los contadores reales quisieran pagar la segunda mitad de los sueldos que les debían por su expedición. El pago se efectuó, pero con alguna tardanza, pues la corte andaba, como siempre, escasa de dinero. Hablaron los dos pajes al fin con el célebre físico de Córdoba. Este miró amorosamente a Lucero, no extrañándose de que fuese vestida como paje de carabela. —Mi madre me ha dicho que me presente a vuesa merced y le obedezca en todo como a un padre. Creyó leer el doctor una afirmación en los ojos de la muchacha, que habían empezado por mostrarse interrogantes, cuando dijo la palabra final. Tal vez la hermosa judía de Andújar había hablado excesivamente a su hija acerca de la vida pasada de los dos. Y como Fernando Cuevas estaba presente, contestó con una gravedad que no admitía réplica: —Te quiero como a una hija, aunque no lo seas, y te ayudaré mientras viva, lo mismo que a tu madre. Su existencia de marineros había terminado. Iban a licenciar a la gente del Almirante. Los que quisieran ir en el segundo viaje debían volver a Sevilla. El arcediano Fonseca iba a «poner mesa» para tripular diez y ocho o veinte naves. ¿Qué pensaban hacer ahora los dos jóvenes? Cuevas habló con entusiasmo de la expedición que se preparaba. Había cobrado amor a las nuevas tierras al otro lado del Océano. Quería ver las ricas ciudades del Gran Kan, ya que había vagado cerca de ellas, sin percibir nada que revelase su existencia. Además, no habiendo guerras, éste era el mejor oficio para un mancebo que apreciaba la espada como la única herramienta noble. Lucero mostró deseos de volver al lado de su madre, cambiando de ropas, siendo otra vez mujer. Algo empezaba a crearse dentro de ella, aconsejándole una pronta vuelta a su antiguo estado. Imposible continuar vestida de hombre. Si Fernando deseaba seguir otra vez a don Cristóbal, debían casarse antes, y ella se quedaría en Córdoba. Para esto era preciso recibir el bautismo, y como aún persistía en su ánimo la animadversión contra los perseguidores de su familia, inculcada por su madre y por don Isaac, preguntó al célebre físico en voz muy queda, procurando que Fernando no la oyese: —¿Vuesa merced cree que debo bautizarme? Acosta hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, sonriendo al mismo tiempo bondadoso y tolerante: ¿porqué no?... Su madre se había bautizado para salvar su vida. Bien podía ella hacer lo mismo para asegurar la tranquilidad de su amor. —Yo arreglaré bautizo y casamiento cuando volvamos a Córdoba. Al día siguiente encontró en una calle estrecha inmediata a la catedral al famoso Almirante del Océano, cuando salía de comer en el magnífico alojamiento de don Pedro de Mendoza, Gran Cardenal de España y «tercer rey». Este magnate de la Iglesia tenía cuarenta cuentos o millones de renta al año, cantidad para aquellos tiempos de una magnitud inaudita. Su mesa era la más suntuosa manifestación de su opulencia. No había señor de la corte, por grande que fuera, que no se mostrase alegre el día que lo convidaba a comer el cardenal, no sólo por la valía de sus manjares, sino también por gozar de su presencia. Según decían los cronistas de entonces, «el cardenal traía la corte consigo». Cuando estaba junto a los reyes había corte verdaderamente, y si se marchaba la corte dejaba de existir, extinguiéndose su riqueza. Colón salía contento y orgulloso del alojamiento de Mendoza. Este había dado una comida en su honor, sentándolo en el lugar más preeminente de la mesa, en un sitio tan elevado como el suyo, y propincuo a él, mandando que le sirviesen los manjares en «plato cubiertos y que le hiciesen salva, honores reservados a las personas reales y a ciertos altísimos personajes allegados a ellos. Era una costumbre establecida en los banquetes de corte, para evitar que los reyes pudiesen ser envenenados. Los platos venían cubiertos desde las cocinas con una caparazón metálica y rico paño, y el acto de «hacer la salva» consistía en que un personaje probase parte de las viandas antes de que éstas les fueran servidas, para convencerse por este medio de que podían comerlas sin peligro. Por primera vez el Almirante del Océano se vio servido con solemnidad y fausto iguales a los que gozaban los reyes. Prócer tan famoso como lo era el cardenal Mendoza, «uno de los más hermosos y abultados varones que había en toda España y personaje de tanto poder como amabilidad», lo había tratado públicamente con todos los miramientos

que se deben a un amigo íntimo, para que todos los de la corte le imitasen y nadie dudara de que lo tenía por un igual. Al reconocer al físico de Córdoba, vestido de negra garnacha y sin espada, con cierto porte a la vez modesto y aseñorado de hombre de estudios, el Almirante del Océano, que llevaba traje de grana y una espada con funda de cuero rojo y puño de oro, se apartó de los señores que venían acompañándole, para saludar a este antiguo conocido. Hablaron de Córdoba y de su pasado con una afabilidad de varones que se vigilan mutuamente y dudan un poco antes de decir lo que tienen en su pensamiento. Colón, al fin, recordó aquella junta de Córdoba que había rechazado su plan de navegar hacia Asia por Occidente. Su irónica sonrisa dio a entender el desprecio que le inspiraban ahora los que fueron sus competidores. —Reconocerá vuesa merced, doctor Acosta—añadió—, que no era plan flaco buscar Cipango y el Catay por el Poniente. De allá vengo con victoria por la voluntad de Dios. Sonrió Acosta con una expresión tan irónica como la del descubridor... ¿Estaba seguro de que las tierras vistas por él eran de Asia?... ¿Había encontrado al Gran Kan o a cualquiera de sus gobernadores?... ¿Qué ciudades de las descritas por Marco Polo y Mandeville había visitado? Como si hubiese oído otras veces estas mismas objeciones, Colón se encogió de hombros. —Todo ha sido muy rápido en este viaje, y con la ayuda de Dios se irá viendo luego, con mayor reposo. A su regreso de la segunda expedición, que estaba preparando con gran abundancia de medios, ya hablarían, si el Señor los mantenía vivos, del Gran Kan y de sus opulentos reinos. Iban a traer sus buques repletos de oro y de especias hasta las escotillas, como volvían en remotos siglos las flotas del rey Salomón. Se despidió el Almirante de Acosta, no queriendo hacer aguardar más a los señores que le acompañaban; mas antes de partir, le lanzó el médico una última objeción: —Sigo creyendo el Asia muy lejos por el Occidente. ¿No podría ser, Almirante que esas islas perteneciesen a un mundo completamente nuevo, a una parte de la tierra que ha estado esperando siglos y siglos a que alguien la descubriese? Le pareció a don Cristóbal tan absurda esta hipótesis, hija de la envidia y el despecho, que no se tomó el trabajo de dar contestación. Y sonriendo lastimeramente, volvió la espalda al doctor Acosta, yendo a juntarse con el grupo de nobles caballeros que le aguardaban, corteses y admirativos, séquito honorífico de su orgullo de triunfador. Acosta se alejó en dirección opuesta, con aire pensativo, continuando mentalmente el desarrollo de su hipótesis. Si las tierras encontradas por el Almirante no eran de Asia y pertenecían a un continente desconocido hasta entonces, en tal caso este hombre tan festejado y admirado ahora, no las había descubierto. Colón quería ir a las Indias, a la costa oriental asiática, y estas tierras de un mundo nuevo, ignorado por todos, salían a su encuentro por obra de la casualidad o de la suerte, sin que el Almirante las buscara. Era un hallazgo, o «invención», como se decía entonces; no un descubrimiento. Y hallazgo y descubrimiento son dos acciones muy distintas. (*East Riding university*).

# **Audiolibro En Busca Del Gran**

## **Kan V Blasco Ib Ez Tercera**

### **Parte Cap Tulos Iv V Vi**

>>>Haga Clic Aquí<<<

<https://Ensayo.icu>